

FELIX SAN MARTIN



ENTRE MATE Y MATE

FELIX SAN MARTIN

.....OOO.....

ENTRE MATE Y MATE

*V*ENGO a cantar desde lejos,
Soy la sombra, patria mía,
Desvanecida en el día,
De tus nobles gauchos viejos

. ,

(Del cancionero popular).



BUENOS AIRES

IMP. TUDURI, VENEZUELA 645 - 47

1926



PRÓLOGO

El título de este libro es un adelanto de lo que sus páginas contienen: latidos del alma nativa.

No hay en él sino la expresión fiel de sucesos. Todos sus protagonistas viven, y ello, como se comprenderá, pone freno a cualquier escarceo de la fantasía. Documentos humanos, estas narraciones muestran aspectos simpáticos de la vida serrana, aquilatados en veinte años de residencia en estas montañas del Neuquén.

Actores unas veces, testigos otras, o simples depositarios de la versión directa de los sucesos, referiremos con honradez lo que hemos hecho, visto, u oído. Y así como es de sencillo el medio en que estos episodios agrestes tuvieron lugar, será su relato. Charla mansa y clara, como cumple a la llaneza de las conversaciones camperas, entre mate y mate, dará al lector la visión exacta de los cuadros de ambiente que vamos a evocar. Alguna vez se correrá la pluma y en disquisiciones discretas diremos nuestro sentir acerca del tipo social que llena estas páginas, escritas en su desagravio.

No escribimos por mero esparcimiento ni por el vanidoso afán de producir un libro más. Observadores atentos de nuestras cosas, creemos que estas notas del **folk-lore** regional tienen importancia para el estudio de la ética nativa. Se ha sostenido por ahí que ésta es tan varia como el territorio de la república. Sin embargo, a poco que se profundice en el examen de las modalidades, tendencias y costumbres de nuestro pueblo, se encuentran rasgos comunes a todo él, que denuncian, si no siempre la identidad de origen étnico, la fuerza niveladora del genio nacional. Todo lo más, podríamos admitir alguna disparidad entre la ética de los grandes centros urbanos con la de la población de nuestros campos, alejados un tanto aquéllos de la continuidad histórica, debilitada su fisonomía troncal por el aluvión cosmopolita sedimentado en sus senos.

Estos cuadros de vida criolla, reales, contemporáneos, salvo uno que otro detalle impuesto por el ambiente físico local, podrían desenvolverse en cualesquiera de las provincias argentinas. Léanse los cuentos y narraciones de Leguizamón, Lynch, Dávalos, Quiroga, Franco, Burgos, Buffano, las preciosas canciones de Molina Massey, etc., que tienen por teatro diversas regiones del país, y se notará el parentesco espiritual con nuestros relatos, que reco-

nocen por cuna el lejano rincón del suelo patrio donde los escribimos. Es que la unidad moral de nuestro pueblo es más profunda de lo que observadores superficiales o deficientemente informados suponen. Es esta, precisamente, una de las tesis que nos proponemos demostrar en este libro.

Dijimos que todo él es un documento humano, ordenado con amor para que al confrontarlo con otras piezas igualmente auténticas procedentes de distintas regiones del país, sirva de material de estudio a los investigadores en estas disciplinas. Es posible, también, que procure solaz a los que sienten la emoción territorial.

Por lo que llevamos expuesto, podrá el lector imaginar la simpatía con que asistimos al despertar del alma nativa, traducido por inequívocas y múltiples manifestaciones desde un tiempo a esta parte, después de estar como ahita, arrinconada por la irrupción de lo exótico que prestigiaron, por explicable extravío del sentido común, gentes de influencia social y política. El arte literario, musical y pictórico, la escultura misma, en una coincidencia sugeridora, han puesto a contribución sus preciosos recursos para revivir expresiones perdidas, u olvidadas, de la vida argentina. Ello servirá, por lo menos, para dar un ligero matiz nacional

a nuestras urbes descoloridas, para detener su pensamiento algunas horas en el examen de lo propio, para auscultarse la entraña con indudable provecho, ya que felizmente en nuestros campos se conserva la filiación originaria que nos individualiza entre los pueblos.

No estamos argumentando contra molinos de viento. Escritores nacionales talentosos y brillantes se rebelan y protestan por aquel despertar a que hemos aludido, abogando por que nos aferremos a no sabemos cuál de las culturas extranjeras, puesto que hablan de una "cultura europea", como si en Europa no hubiera tantas como naciones en su territorio.

Tolerantes con las ideas ajenas, exponremos a nuestra vez el sentir propio, sin animosidad, sin intención de herir susceptibilidades y tendencias que tienen su razón de ser, como que unas veces se traen en la sangre y otras provienen de la educación. Son problemas éstos que debemos afrontar con serenidad, con gran medida, los que sentimos la tierra con todo nuestro ser ante los argentinos accidentales y los desargentinizados por el mucho ambular en suelos extraños. En la antinomia de esas dos fuerzas está nuestro destino como nación. Debía esperarse el choque de estas dos orientaciones antagónicas dada la gran masa humana de las más diversas procedencias que se ha

incorporado a nuestra vida de pueblo libre. Es un deber, tal vez hoy el más urgente, de los argentinos de raigambre hispana, o de larga ascendencia nativa cualquiera que sea el origen racial, si no ya como dueños de casa, por lo menos con el derecho de prelación, mostrar con delicadeza, hasta con cariño, la razón que nos asiste no sólo para no renegar de nuestros orígenes sino para exaltarlos y procurar que la nación argentina de hoy y de mañana tenga la filiación espiritual que surge de la concurrencia de la del pueblo progenitor con la que le da, con su fuerza impositiva incontrastable, el ambiente nativo. Nuestra madre patria no fué la España de la decadencia sino la Iberia fuerte e individualista que plasmaron sus reyes peninsulares. El tipo de varón enérgico que representaba su pueblo, el mejor hombre de su tiempo puesto que a todos dominó, fué el que se lanzó a la prodigiosa aventura de la conquista del Nuevo Mundo. Las inmensas soledades de América fueron campo propicio para ejercitar y aun acrecer su recia contextura moral, puesta a prueba de continuo en lo incierto de su vida de salteador de imperios, de explorador infatigable, de fundador de ciudades, y tras de cuyo heroico ambular no quedó secreto geográfico que develar en la vastedad del suelo indiano, presa de su genio audaz,

gallardamente aventurero. Y al procrear en las nuevas tierras transmitió a sus descendientes las calidades de su estirpe, ventajosamente modificadas por el medio, sobre todo en la zona austral del continente, tal vez por razones de clima, o por un misterioso designio de los destinos humanos.

No, no hay, no puede haber prevenciones de nuestra parte hacia los elementos étnicos venidos de todos los puntos del planeta a compartir nuestra vida. Son fuerzas preciosas que debemos incorporar no sólo a las actividades del trabajo, sino al sér moral de la nación, so pena de que ésta se convierta en una factoría. Y no es este el porvenir que los argentinos anhelan para su patria, encauzada ya hacia ideales de un humanismo que si bien ha manester de la riqueza para alcanzarlo, él radica, en cambio, en la serena conciencia de nuestro pueblo, que se sabe miembro solidario de la especie.

Fué, sin duda, humilde nuestro pasado, como que al Plata no vinieron los grandes linajes de España; pero si la gleba social de la Conquista representó aquí a la clase media del pueblo hispano, ella no sólo basta para darle prestigio a "los lises del blasón", sino que en su prole americana adquiere el colorido local que más tarde encenderá fervores patrióticos que le harán realizar hazañas estupendas.

Repárese en la campaña continental de San Martín, en la epopeya que preside Güemes, y más recientemente en la conquista del desierto por Roca. Esos tres acontecimientos trascendentales, que no es necesario magnificar para que asuman las proporciones altísimas con que pasarán a la historia, fueron realizados por nuestro pueblo, por los nativos, por la descendencia directa pura, o mestiza, del español y del indio, elementos básicos de la etnografía argentina. Recuérdese igualmente, que producido el levantamiento de Mayo, fué nuestro país al único que España no volvió a dominar en su porfiado intento por retener sus colonias americanas. Esta única excepción en el inmenso imperio español ultramarino algo dice también acerca de las virtudes de los criollos. ¿Qué mientras una parte de nuestro pueblo llevaba la libertad a sus hermanos del continente, la otra desgarraba las entrañas de la patria en la sangrienta montonera? ¿Y qué? ¿Acaso hubo un pueblo, uno sólo siquiera, de los que presiden la civilización, que no se desangrara en luchas fratricidas, que no aparezca en los prodromos de la barbarie con los mismos caracteres que el nuestro? Más. La plebe europea de la época, con gravitar sobre ella siglos de existencia, no era ni más urbana, ni poseía mayores virtudes morales que la nuestra, de recien-

te data. Si la una, en su núcleo más selecto, produjo la declaración de los derechos del hombre entre mares de sangre, la otra, en el anonimato de toda su masa parió la libertad de un mundo. Y bien puede ir lo uno por lo otro.

Se argumenta que nuestra cultura es de origen europeo. ¿Y quién puede afirmar lo contrario? España, conquistadora de América y madre de nuestra patria, ¿era, acaso, asiática? Pero la herencia cultural española por nosotros recibida fué influenciada por la que juntamente aportó el elemento indígena al mezclarse en cruza más o menos directas con el conquistador y sus descendientes, o al simple convivir con ellos. De la fusión de esas dos corrientes en el medio físico argentino nació la cultura que llamamos nativa. ¿Y podremos renegar de ese pasado? ¿Qué se nos ofrece, en cambio? No se concreta, mas se alude — ya lo hemos dicho — a una vaga cultura europea. ¿De cuándo, de qué momento de la civilización occidental, de cuál de los pueblos que pretenden resumirla? Suponemos que no será la del presente, cuya bancarrota todos hemos presenciado. En cambio, ella podría tomar de estas “colectividades bárbaras”, enseñanzas salvadoras.

Es peligroso, lector amigo, ir hoy a buscar inspiraciones en la Europa caduca. Ella nos dió ya todo cuanto necesitábamos y pudo darnos.

Los argentinos hemos elaborado una cultura propia en el molde ancestral, en el que se han fundido y se van fundiendo, quieras que no, los aportes fragmentarios de los elementos extraños que de todas partes nos llegan para nuestro bien.

No es patrimonio de ningún determinado pueblo la evolución operada en el sentido de lo que llamamos civilización. Todas las naciones han contribuído al mejoramiento de la cultura contemporánea, aun las asiáticas, hasta ayer en apariencia inmóviles. No es privativo, entonces, de ningún pueblo, el progreso alcanzado por nosotros. Lo hemos forjado con materiales escogidos del ambiente mundial y adaptados a nuestra modalidad. Y vamos devolviendo con largueza al patrimonio universal los dones y bienes recibidos.

Nuestra nación, venida de las últimas a la vida de la independencia política, trajo tales caracteres étnicos que puede mirar tranquila hacia el futuro. Tenemos una fe profunda en su vigor racial, en su capacidad para mantener su sello original inconfundible, no obstante esas manifestaciones esporádicas de extranjerismo. No le tememos a la mezcla de sangres que hoy caracteriza a una gran mayoría de nuestro pueblo. Ella no ha influído en desmedro de las cualidades morales de los argentinos. El elemento

nativo ha conservado su psicología y él ha marcado y sigue marcando el ritmo de la vida espiritual a nuestra nacionalidad. Hay fuerza de ambiente en nuestro medio, a la cual el extranjero no puede substraerse y a la que su descendencia argentina se plega en forma decisiva y rotunda. La repercusión de los problemas sociales que estremecen a la Europa exhausta, no se debe sino al contacto directo y continuo que los medios modernos de comunicación han establecido entre todos los pueblos, en manera alguna a fenómenos locales que puedan poner en peligro ni nuestra estabilidad como organismo político, ni nuestra marcha hacia adelante. Exotismo, como tantas otras manifestaciones del inquieto espíritu humano, pasará de moda ante la dinámica poderosa de la joven república, o evolucionará orientándose hacia los ideales nacionales.

A los factores que venimos enumerando como puntales de la nacionalidad, podemos agregar otro, efficacísimo entre todos: el idioma. La persistencia del nuestro a través del tiempo ha labrado formas propias en la mentalidad argentina. puesto que no se puede pensar si no en la lengua nativa. Tal arraigo tiene la nuestra, ha sido tan avasalladora su fuerza de penetración, que al eliminar las cuatrocientas lenguas y dialectos americanos concluyó también

con los cincuentaitantos que se hablaban en nuestro territorio en tiempos de la conquista. Apenas si el quichua, el guaraní y el araucano se conservan arrinconados en las pequeñas áreas geográficas donde aun sobreviven representantes de las tribus que los hablaron. Enriquecida por el aporte indiano, la lengua de Castilla es firme baluarte de la argentinidad. El extranjero que convive con nosotros abandona la suya y adopta la del país. Su descendencia, sobre cien casos, noventa, ignora el habla de sus padres. Uniformada así la expresión del sentir nacional, no tenemos por qué temer, por ese lado, el aflojamiento de los vínculos que ligan a los nacidos en nuestro suelo.

El ataque al pasado argentino se ha cristalizado en el repudio del gaucho, al que sus detractores están incapacitados para sentir. Venidos al mundo y criados en nuestras grandes urbes, que es lo menos argentino que hay en nuestra tierra, sin contacto alguno con el medio en que naciera aquel hermoso tipo humano, no pueden sentir amor ni reconocimiento por un sér que les resulta extraño. Es como si se pretendiera que nosotros cultiváramos y amáramos la tradición del “**mujik**”, que tendrá para el ruso todos los encantos que se quiera,

pero que a los argentinos de cepa nos deja fríos.

Por otra parte, suponer que en nuestro pasado no está sino la figura recia del gaucho, es negar la existencia de la clase directiva en la hora inicial de la patria. Esto mismo, dada la obra realizada por aquella generación, no haría sino engrandecer el recuerdo legendario del hijo de nuestros campos. El fué “el barro primordial de nuestra nacionalidad”; sobre sus hombros gravitó el peso de las guerras de la independencia; con él se amasó luego la organización política del país; él arrebató al salvaje, para incorporarla a las actividades del trabajo, la enorme extensión territorial de lo que hoy se llaman gobernaciones nacionales; y él sigue actuando hasta ahora, evolucionado conforme a las nuevas exigencias del ambiente, en la elaboración de nuestra riqueza agro-pecuaria, basamento de la potencialidad económica del país, e interviene así mismo en la formación del tipo argentino del futuro, que fatalmente trasuntará su singularísima y varonil figura.

El patriciado nativo, en contacto con la cultura universal, encauzó al país hacia la corriente de la civilización europea; pero no pudo destruir lo indestructible: el alma de la raza. Poseído por el rencor que la dominación tiránica

española dejó en sus corazones y por el encono que despertara en él la larga y sangrienta lucha por la emancipación, lo intentó alguna vez, en su afán de arrancar de cuajo todo lo español, con más pasión que cordura. El gran Sarmiento encarnó esa tendencia que hoy el genio nacional corrige serena y firmemente. No otra cosa supone el afloramiento de rasgos y costumbres olvidadas de la ética nativa por sobre el manto amorfo del cosmopolitismo sedimentado en nuestras urbes, aparición que es acogida con amorosa simpatía por la masa popular de las mismas. Y ello es sintomático. Vuelven a la superficie los caracteres recónditos de la raza que se mantuvieron latentes no obstante la poderosa acción en contrario de influencias que actuaron por casi medio siglo. Anotamos el fenómeno con inmensa satisfacción.

Si no queremos anularnos como nación, pidámosle inspiraciones a nuestro pasado. Todos los pueblos fuertes, sin excepción, se empapan hoy de nacionalismo, buscando en él la tabla salvadora en medio del naufragio de sistemas e idearios que hasta ayer se creyeron panacea social. Y si en aquellos pueblos de vigorosa coesión racial se siente tal necesidad ¿cómo no la sentiremos nosotros, constantemente trabajados por fuerzas contrarias a nuestra con-

tinuidad histórica, representadas por la crecida inmigración que llega a nuestras playas?

Cultivemos con amor la tradición. Ya vemos que la Europa, a quien se nos pone por modelo, no hace otra cosa, volviendo sus ojos a las sencillas costumbres del pasado como si en ellas quisiera remozarse. La misma poderosa república del norte, sometida en su hora a idéntica prueba que nosotros, no hizo otra cosa; y cada vez que la ola de extranjerismo ensaya un asalto, sus mejores hombres claman desde las tribunas y desde los grandes diarios prestigiando las virtudes nacionales, las que cimentaron su grandeza económica y moral.

Ya sabemos que el gaucho no estuvo sólo en el pasado argentino. Si bien constituyó la inmensa mayoría de la masa social y como tal llegó un momento en que su influencia predominó en nuestra historia, el patriciado argentino cumplió a su vez la compleja tarea de dar formas estables al ideal político sustentado e impuesto tras larga brega por el pueblo. Tócole igualmente educar a los núcleos de población que la Colonia dejó dispersos y desvinculados entre sí en nuestra inmensa heredad territorial. Pero esa clase superior nativa, de la misma procedencia étnica del gaucho, obligada a convivir con él, participó en cierto modo de sus modalidades. De ahí que la mayoría de

nuestros primeros estadistas fueran hombres de doble aptitud — urbana y rural —, realizando el ideal humano que hoy persigue la educación integral. Leopoldo Lugones y Ricardo Rojas han dicho bellas y profundas cosas pintando a esos varones que hicieron y escribieron nuestra historia.

De manera que los que afirman que sólo hay barbarie e ignorancia en el pasado argentino, no conocen nuestros orígenes, o los olvidan maliciosamente. Hubo, sí, porque ello era fatal, sangrientas rebeldías, alaridos de la montonera, revolotear de ponchos, centellear de lanzas, choque de pasiones, el caos político que culminó en 1820 y se prolongó hasta la organización racional. La Colonia alumbraba, en largo y doloroso parto, a este pueblo que luce todos los atributos del vencedor, que ya lleva arado mucho y muy hondo en el camino de su grandeza.

Y cabe preguntar, aun a riesgo de ser molestos por la insistencia ¿qué otra cosa fueron las luchas de la reyecía con los señores en la Europa del Medioevo y del Renacimiento; las guerras interminables y devastadoras entre príncipes y caudillos coterráneos en aquel continente? Ni menos sangrientas, ni menos tenaces, ni de distinto carácter. Conflictos internos en momentos decisivos para la constitución de las nacionalidades, tienen unos y otros íntimos

puntos de contacto, como que en todas partes el hombre es el mismo y su organización en entidades políticas, allá como acá y en toda la tierra, obedece a causas iguales y produce idénticos efectos. La diferencia podrá consistir en los medios materiales empleados, en el mayor o menor arraigo de los prejuicios sociales, en el acierto o error de los conductores de las masas. Si examináramos unas y otras luchas, no saldríamos nosotros con desventaja en la comparación. Fueron las nuestras de un período de duración muchísimo más corto e incomparablemente menos sangrientas y crueles. Tampoco desgarraron a nuestro país las guerras religiosas como ocurrió en Europa durante siglos. La obra siniestra de la Inquisición en América no nos pertenece, no afecta a nuestra ideología, pues aquella es genuinamente europea, escapa al contralor de la moral americana, aherrrojada en esos momentos por la opresión española.

Siempre nos llamó la atención la severa exigencia de los escritores a quienes hemos aludido, para con las masas argentinas fundadoras de la nación, que no debieron ser tan malas e incapaces cuando han dado nacimiento a este pueblo sobre quien ya se fija la atención del mundo. Les enrostran su turbulencia, sus varoniles desplantes, su indomable espíritu de

independencia; las ponen en la picota motejándolas de bárbaras porque no fueron evangélicamente mansas, de moral rebañega. Y con una frescura desconcertante nos muestran a la Europa por modelo. Un piadoso silencio es la mejor respuesta a tal inocencia.

Nuestra población rural, pastora por imposición del medio, no podía tener, habituada a la vida libre en los inmensos predios nativos, en lucha constante con la naturaleza, si no arrestos enérgicos. El mismo género de faenas en que disciplinaba el músculo y el carácter propendía a hacerla tan ruda como altiva. Acostumbrada a vencer los elementos, a bastarse a sí misma, no es extraño que su personalidad se exaltara y luciera en todas partes ese tinte caballeresco que le ha sido proverbial. He ahí el delito de que se le acusa. ¡Santo delito!

El gaucho vivió en la holgura de una abundancia que la tierra natal producía sin demandar mayor esfuerzo. Viénele de allí su desprendimiento, su despego a los bienes materiales, rasgo que desde luego choca al espíritu previsor de los que proceden de pueblos que desde hace siglos se debaten en la estrechez, cuando no en la miseria. Señor de las pampas, de las selvas y de las montañas de su inmensa heredad, aquella intimidad con la naturaleza

le enseñó a ser fuerte y bueno. En las andanzas de su vida “a campo y cielo” descifró los misterios del desierto, sorprendió los secretos del campo; en las estrellas leyó el rumbo de sus marchas, en el vuelo de las aves conoció los designios del hado, el grito de las alimañas salvajes fué su barómetro: se hizo baquiano y rastreador. Aprendió a vivir solo — lo que es mucho aprender — y esto labró con rasgos vigorosos su carácter, un tanto huraño y austero. La rebotante energía de su vida floreció en dos grandes amores: su caballo, compañero inseparable de sus correrías, instrumento de trabajo y de guerra en el que cifró todo su orgullo, y al que adornó con los primores de sus trenzas y las onzas y patacones de sus economías; y “la china” de sus requiebros, por la conquista de quien era su lujo jugarse la vida en lances temerarios. Sensibilizado por el amor, alegró con el rasguído de su guitarra la soledad de sus noches camperas, mitigó las tristezas de los desvíos de la “prenda” en la quejumbre de sus “estilos”, y ensalzó en coplas heroicas las hazañas de su caudillo, poniendo en los romances que improvisaba el fuego de su pasión, su ingenio travieso y festivo, su malicia socarrona — cosas todas que le venían de su cepa hispana.—La patria, que tal vez para su concepto simplista se circunscri-

bía, geográficamente, hasta donde alcanzara en su ambular de centauro, y en lo moral al acervo de sus mayores, le vió pelear bravamente en los campos de batalla de media América, ya esgrimiendo el sable de los “Granaderos”, bien empuñando el fusil de los “Patrios”, ora entre el humo de una andanada de “La Argentina” en mares remotos, cuando no cargando a lazo y bola en los Escuadrones de Güemes, o blandiendo su chuza en los entrevos legendarios de la montonera.

Lector amigo: Amad la tradición del pasado argentino si habéis nacido en este suelo. Ella no tiene de qué avergonzarse — ¡quién sabe si hay sobre la tierra ejecutoria más limpia! Figuran en sus fastos pueblos redimidos, proezas sin cuento, arrestos de libres, virtudes domésticas, triunfos del trabajo, preseas de la ciencia, y sobre todo, la razón de ser de nuestra grandeza presente.

Félix San Martín.

Quila-Chanquil.

GAUCHITOS

Son niños los protagonistas de este episodio, niños serranos, cuyas almitas reaccionan ya con todos los atributos de la raza al ensayar sus primeros desplantes en el medio en que nacieran. Veráse cómo en ellos perdura la psicología labrada en nuestra población rural por el acervo nativo. Es una generación más que afirma en el tiempo la herencia racial.

Los actores son hermanos, nacidos en esta estancia, en la que sus padres trabajan desde hace dieciocho años. Se llaman María Amelia, de diez años, y Guillermo, de ocho. Reciben la enseñanza que se da en la escuela del estado que funciona en el establecimiento.

Desde los cuatro años el varoncito monta en caballo aparte. Hoy es todo un jinete y en las horas en que las tareas escolares le dejan libre, ayuda a su padre en el cuidado de la majada a su cargo. Posee una aptitud extraordinaria para individualizar los animales, y es de escucharle dar detalles precisos acerca de tal o cual vaca, yegua u oveja, cuando algún peón, bromeando, le dice que está equivocado, que

esa que él indica no es la madre, o la abuela, o tía, etc., de determinado ejemplar. El sabe donde come cada una de las tropillas de la estancia, cual es la sangre de potro por potro. Tiene una vista de águila, distinguiendo a más de cinco mil metros de distancia si es vacuno o yeguarizo el animal que pasta en los faldeos. Para él las quebradas y las cumbres comarcanas no tienen secretos; le son familiares los vados de los ríos y arroyos en muchas leguas a la redonda, los caminos y las sendas que se entrecruzan en el dédalo de estas montañas. Hasta conoce El Arco, boquete del macizo central andino que nos comunica con Chile, punto a donde le llevamos cierta vez que debimos acudir a una cita con el director de los ferrocarriles nacionales. Tenía entonces seis años y se galopó en el día dieciseis leguas. Sabe rastrear. Alguna vez se ha aventurado hasta la selva milenaria, allá arriba, en las nacientes lejanas de los torrentes, pero no se ha internado en ella. La masa formidable de pinos y robles cerrando en absoluto el horizonte sobrecoge el espíritu por su grandeza, llena de misterio. ¡Quién sabe lo que se oculta en el interior sombrío de la selva enorme! Tal vez las ánimas de los que mueren ahogados en los ríos o entre la nieve de la montaña. Los pocos que se han atrevido a hollar su pavoroso dominio dicen

haber visto deslizarse rapidísima y fugazmente unas como sombras. ¿Serán **huemules**? ¡Quién sabe!

Y ese supersticioso respeto que contiene a los hombres más guapos en el linde de la selva virgen, ha sido también la única valla capaz de sujetar en sus correrías a nuestro diablito, buen baquiano en toda la región. Pero hasta el mes de abril último jamás había salido de la cordillera, es decir, no había traspuesto la cadena del Chachil que separa a la región de Aluminé de la parte llana del territorio. Su mundo se reducía a cincuenta leguas de superficie típicamente montañosa.

La niña, Marica, es también de a caballo, pero no monta sino ocasionalmente, pues debe ayudar a la madre en los quehaceres domésticos, atendiendo al cuidado de sus hermanitos menores. Es de inteligencia precoz y muy hacendosa.

Decíamos que Guillermo, hasta hace un par de meses, no había trasmontado la cordillera que nos separa de la llanura. En esa fecha se hizo en la estancia una tropa de capones, animales que debían embarcarse en Zapala, estación terminal del F. C. S., distante de aquí veintidos leguas, sistema orográfico del Chachil de por medio. De acuerdo con el padre, que iba a “capatacear” ese arreo, resolvimos que

Guillermo bajara al llano, yendo de “tropillero”. Este viaje marcaría una etapa en la vida del pequeño serrano que por primera vez iba a salir de su pago montañoso y por primera vez, también, vería, azorado, la planicie inmensa, un pueblo, trenes, automóviles, un mundo para él desconocido, tal vez ni imaginado. Por otra parte, era una forma de completarle su educación campera, enseñándole cómo se arrea en las largas marchas, iniciarle en los secretos del tropero.

El niño recibió con alegría la orden de aprontarse para el viaje. El comprador del ganado le dijo que le pagaría dos pesos diarios, primer dinero que el gauchito recibiría adquirido con su trabajo. Alguien le ofreció pagarle toda la uva que pudiera comer en llegando al pueblo.

El día de la partida, cuando apenas clareaba el alba, le vimos aparecer, montando su petizo tordillo, entre el grupo de peones que venía de los corrales de recibir la tropa, que desde ese momento quedaba bajo la guarda y responsabilidad de todos ellos. Le llamamos. Traía su lazo a los tientos perfectamente arrollado, las boleadoras en la cabezada del basto armándole el recadito; y al echar pie a tierra, las nazarenas que calzaba sonaron con la vibración de sus rodajas de acero. Quitóse el chambergo y nos dió los “buenos días”. Con su caballo

del cabresto, el rebenque en la mano izquierda, bien parado, luciendo su rastra y puñal de plata y oro, regalo de un amigo de la casa, la silueta del diminuto centauro se recortaba en líneas vigorosas a la luz rojiza del amanecer. Guillermo es un niño de formar atléticas, alto el pecho y fornida la espalda, fuertes los miembros, de ojos grandes y expresivos, moreno. Todo su aspecto respira salud; ríe con una carcajada amplia y franca.

—¿Está listo, amigo? — le preguntamos.

—Sí, patrón.

—¿Pero cómo, si no le veo poncho?

—No tengo.

—¿Con qué se va a tapar, entonces, en la noche?

—¿Y? Con una matra.

—Debajo del corredor de la casa, sobre un banco, tiene un poncho abrigado y paquete que la patrona le regala para que lo use en su nombre. ¿No lleva pañuelo blanco para el cuello?

—No, patrón. Tengo este overito.

—Tome este. Yo se lo doi. Llévelo en las maletas y se lo pone al entrar al pueblo.

—Muchas gracias, patrón.

—Y vamos a ver cómo se porta, amigo. Ya sabe que a mí me gustan los hombres parejos.

Y al acariciarle palmeándole en el hombro, se sonrió como expresando que estaba de más

nuestra advertencia. Fuése hacia la casa, alzó su poncho de vivos colores, de factura araucana, montó en su petizo y se incorporó a sus compañeros de viaje que ya se disponían a marchar.

Al tercer día de la partida “se descompuso” el tiempo y durante toda la noche escarchilló en el valle. Calculamos que el temporal debía haber sorprendido al arreo ya sobre la cordillera, y que allí sería nieve y no escarchilla la caída. Pero como conocemos a nuestros hombres, no sentimos ninguna inquietud. Descontábamos que saldrían con bien de aquel lance como salieran de otros cientos y más duros. En cuanto al debutante de tropero, conociéndole “la clase”, también nos tenía sin cuidado. Durante la noche se acurrucaría al reparo de cualquier aleta de piedra y era seguro que su perro “curiche” dormiría a sus pies, abrigándolo. Por lo demás, nadie mejor que su padre, hombre aguerrido en la lucha con la montaña, sabría cuartearle en aquella emergencia.

Dos días después supimos por un jinete que venía de Zapala, que el arreo ya estaba en salvo al otro lado de la cordillera; que troperos y bestias soportaron bien la nevada.

Alguien pasó esa tarde camino de Zapala. Con ese viajero, Marica, que oyó hablar del temporal que había aguantado la tropa en la

cumbre, le escribió a su hermano una cartita que leímos cuando aquél regresó a los diez días de la partida, carta que nuestro capataz, al enterarse de su contenido, nos la había reservado con autorización del destinatario.

Copiamos textualmente un párrafo de esa carta, precioso documento humano que conservaremos. Dice así: “Aquí emos sabido que les nevó en la cordillera, pero como los hombres han nacido para sufrir, metele no más al petizo.”

Esa frase “los hombres han nacido para sufrir” no es una queja, no es una protesta contra el destino, no es la voz del renunciamento. Es la afirmación rotunda del alma estoica del gaucho, de su recia moral, que no admite debilidades, que no permite achicarse en ningún trance de la vida por rudo que él sea. Es la incitación a la lucha, de cara al peligro, como cuadra al que tiene corazón: ¡“Metete no más al petizo”!

“Los hombres han nacido para sufrir” es hermano gemelo del conocido refrán: ¿“Pa qué dijo ¡macho! la partera?””, con que el criollo de buena cepa se anima a sí mismo en los momentos de prueba, o profiere cuando desea estimular a un amigo en situación difícil. Ese concepto severo del destino de los hombres que la niña serrana enunciara al saber a su herma-

no en apuros, es como la notificación del deber que comporta el haber nacido varón entre el gauchaje. Mañana y siempre, cuando Marica sea moza, se lo repetirá al marido si lo ve “aflojar”, y se lo inculcará luego a los hijos cuando sea madre, porque ese es el código moral de su raza. Así viene sucediendo desde hace siglos entre los nativos de la campaña argentina; bajo esa comprensión austera de la virilidad se plasmó el criollo. De ahí sus hazañas en las guerras de la emancipación y en las luchas civiles, de ahí la razón de nuestros prestigios como pueblo fuerte.

Esta niña serrana se ha criado viendo luchar a los hombres con los elementos, con las fuerzas ciegas de la Naturaleza. Los relatos de las frecuentes tragedias que tienen por teatro los torrentes y las cumbres, donde todos los años mueren hombres valientes y avezados a esta vida ruda de la montaña andina; las referencias personales de los mismos actores que escaparon milagrosamente de la muerte que acecha al serrano en los crudos inviernos; la brega con el toro montaraz y el potro indómito que ella ha presenciado desde que nació; los consejos de sus padres, formados en el mismo ambiente, que escuchara en el fogón durante las veladas invernales; las expresiones enérgicas oídas a la peonada comentando la hazaña

de tal mozo entrañado; el respeto que rodea al hombre valiente y animoso; los despliegues de la fuerza en sus manifestaciones más viriles; todo lo que la circunda, en fin, y que ella a más de traerlo en la sangre lo está viviendo, vibró en su espíritu ante el peligro que amenazó a su hermano, cristalizándose en esa frase lapidaria que parece haber brotado de las entrañas mismas de la raza.

TRAVESURA GAUCHA

Un conocimiento superficial de la psicología del gaucho le hace aparecer como un hombre triste. No es tal. Hay en su alma una como prístina pureza, un recato pudoroso con el cual vela las intimidades de su pensamiento. Cuando se convive con él, cuando a fuerza de compartir los rigores de su vida agreste se logra romper la valla que esa su ingénita reserva, su recelo, o respeto, pone entre él y los que no son de su clase, puede uno darse cuenta de su carácter singular, en el que se mezcla el candor de un espíritu sano con los movimientos de un ingenio travieso y chacotón. Pero esta característica del hombre de nuestros campos no se revela sino en el seno de la confianza, entre íntimos e iguales. Profundamente respetuoso, guarda siempre una discreta compostura ante sus patrones y las gentes forasteras. De ahí que su persona adquiriera esa dignidad que infunde simpatía en todo aquel que se le acerca sin prevenciones. Es posible que esta modalidad le venga de la austera y rígida educación del hogar español, de donde él procede, y que

aun puede observarse en familias provincianas.

Aquel su ingenio a que hemos aludido, no estalla en algazara, ni en carnavalescas bufonadas, ni en las procacidades del compadrito suburbano, que no sabemos por qué pretende ser heredero moral del gaucho, a quien trata de imitar vistiendo en cuanta oportunidad se le presenta prendas de su indumentaria, con lo que sólo consigue un grotesco disfraz del noble y gallardo tipo humano que en valde trata de representar. Hay un abismo espiritual entre uno y otro.

El gaucho es chacotón; pero su alegría siempre está contenida dentro de límites discretos que bien podrían calificarse de elegantes. Como actúa en un medio áspero, es natural que sus bromas no tengan la distinción ni la fineza de las que se festejan en los salones entre gentes de buen gusto. Mas no por ello carecen de gracia, y en muchos casos hasta de espiritualidad.

El gracejo nativo retoza sano y espontáneo allí donde más de dos gauchos se juntan, ya sea en torno del fogón de sus descansos, sobre el mostrador de las pulperías, o en medio del bullicio de los rodeos, palenque de su incomparable destreza de jinete. En la poesía gauchesca, y sobre todo en la anónima y que por esto mismo debemos suponer auténtica, chis-

pea la agudeza nativa en equívocos de una malicia encantadora.

Vamos a referir una travesura gaucha que en la fría narración perderá mucha de la gracia que tuvo al producirse, dado el movimiento y colorido que le transmitieran escenario y actores, imposible de trasladar a la versión escrita.

Hace años, vivía allá por el Collon-Cura, a inmediaciones de las juntas del Caleufú, un vasco de genio alegre, bromista impenitente, dueño de varios miles de ovejas. Vecinos y amigos suyos, también apacentaban sus rebaños en la región algunos criollos de pura cepa, gauchos desplazados al desierto por la valorización de las tierras en las zonas del país entregadas al cultivo, hombres trabajadores y animosos que buscaron en las soledades del sur campo propicio a sus actividades e inclinaciones. Lo bravío del medio apretaba los vínculos de la amistad, haciendo que unos a otros los pobladores de la comarca se ayudaran mutuamente en las faenas donde no bastaba la acción individual. Lejos de los centros poblados, solos, sin el apoyo real de las leyes del país, ese tipo de hombre es el que ha hecho el milagro, no ya de la soberanía argentina en estas latitudes, sino también el de la formación de un núcleo social que nada tiene que envidiar a los que crearan los pueblos llamados colonizadores en

las extensiones desiertas de la tierra donde ejercitaron sus indudables aptitudes civilizadoras, La obra de la colonización patagónica, que hasta ahora el país ni sospecha, sin embargo de haberle dado a la patria la posesión de hecho de la inmensa heredad baldía y a la economía nacional recursos ingentes, está asentada sobre el esfuerzo del gaucho, que fué el primero en llegar al desierto no bien el ejército, formado también por gauchos, venció al aborigen. Vino luego el extranjero animoso con nuevos métodos de trabajo y con más amor al dinero, y al amparo del nativo, más apto para la vida en el medio agresivo, contribuyó de manera eficaz a completar la obra. (1) Y tenemos para nosotros que este fenómeno al cual hemos asistido como actores en esta frontera, no es sino la repetición del que se produjo en todo el país desde el año 1856 en adelante, fecha en que comienza a afluir a nuestras playas la inmigración europea. Así como ésta en las soledades del sur tuvo en el nativo a su compañero generoso que le hizo posible su adaptación y arraigo al nuevo medio en que venía a vivir, es seguro que le tuviera en toda la ex-

(1) No puede sino anotarse una excepción a lo que hemos expuesto, allá en el extremo austral de la Patagonia, donde Don José Menéndez, español, presidió y llevó a cabo una obra ciclópea.

tensión geográfica argentina por donde se desarrolló y fué a ejercitar su acción de trabajador tesonero e inteligente. Esto explicaría la facilidad con que el extranjero se nos asimila, el cariño con que se apega a nuestra tierra.

Es posible que estas cosas ni se sepan ni se sientan en nuestras grandes urbes, donde la vida, artificializada al máximun, es solicitada por preocupaciones que no le dejan tiempo para pensar en los grandes problemas nacionales, cuya alta visión parece haberse perdido. De ahí que las ciudades exalten las ficciones en medio de las cuales viven y crean despreciables y sin ningún valor la vida de los que están en contacto íntimo con la naturaleza, no obstante ser ellos los que con el esfuerzo de sus brazos las alimentan y visten. De ese olvido por parte de los escritores a que hemos aludido en el prólogo de este libro, viene su repudio del gaucho, tipo que se crió en el seno de la Gran Madre.

Dentro del mismo patrón que en las demás regiones del Neuquén, se desenvolvía la vida de aquellos esforzados pobladores del sur del territorio. En la estación propicia, el trabajo campero les reunía en una colaboración de aptitudes y elementos que hacía posible la prosperidad de todos. En los días de holganza, solían juntarse en la pulpería del pago, casa de

comercio, banca y agora de la población de cincuenta leguas a la redonda. Las carreras, la taba y el truco eran los mayores atractivos de esas reuniones, que generalmente se hacían coincidir con las fechas de los aniversarios patrios y el primero de año. Un español, hombre cabal si los hay, acaudalado y progresista ganadero hoy y muy nuestro amigo, era el propietario de aquel centro económico-social. Querido por su numerosa clientela desparramada en la enorme extensión de aquellos campos vírgenes y ricos, hacía de su casa el hogar de todos.

Fué en una de esas reuniones periódicas en que tuvo lugar la broma que uno de los gauchos pobladores del pago hizo al vasco a quien nos hemos referido, desquitándose de las múltiples travesuras del jovial euskaldun.

Se terminaba la jarana y cada cual íbase rumbo a su rancho. Quedaron de los últimos los dos citados y cinco o seis amigos más. Pero llegó el momento de marcharse todos y ensillaron sus caballos, juntándose luego en el mostrador de la pulpería para tomar “la del estribo”. En eso estaban cuando al vasco se le ocurre comprar un reloj despertador. Le pasan el artículo pedido; el vasco lo examina y resuelve llevarlo. Entonces se le aproxima el gaucho, y tomándoselo de entre las manos, le dice:—

“Vamos a ver si anda, che, porque este gallego es capaz de venderte uno roto.”

—Capaz, sí, sí, el condenao, — replica el vasco pasándole al gaucho el aparato.

El criollo le da tranquilamente cuerda, y el reloj comenzó a marchar. Pero sin que el vasco lo notara, dióle cuerda también al mecanismo del timbre, poniéndolo para que tocara de allí a una hora.

—Anda bien, che, — díjole y se lo devolvió a su dueño.

Momentos después todos montaban a caballo y se despedían. El vasco andaba en un macho ariscón, receloso y traicionero como todos los mulos. Había colocado el despertador en las alforjas, apretando éstas bajo los cojinillos con el pehual. Su rancho distaba cinco leguas de la pulpería. Era la oración...

Trotaba el vasco por esos campos de Dios, apenas noche cerrada, pensando tal vez en el rendimiento de la lana en la próxima esquila, en el cuanto de la parición, en algún órdago mal querido en la última partida de mus, o quién sabe si no en el lejano rincón pirenaico donde dejó afectos e ilusiones de la juventud, que quizás iban apagándose por las enérgicas sollicitaciones del nuevo medio en que había venido a reconstruir su vida.

Entretanto, el mecanismo del despertador seguía funcionando, aproximándose en su ceguera fatal al punto y hora en que debía estallar el agudo campanilleo.

Tal ocurrió. Y junto con lo que la máquina irrumpió en su metálica estridencia, el mulo dió un bufido, se tendió en larga espantada, se encabritó con la persistencia de aquel extraño sonido, se arrastró a bellaquear y arrojó lejos de sí al no menos sorprendido jinete. Al levantarse éste, vió al macho que desatentado huía corcoveando perseguido por el incesante campanilleo del reloj.

Del espíritu santo abajo no quedó nadie en la corte celestial a quien el vasco no echara a rodar entre juramentos de gran calibre. Vió clara la travesura de que había sido objeto, y emplazando al gaucho socarrón que le amolara, marchó a pie camino de la pulpería, a donde llegó a media noche lleno de machucones y espinas.

ANECDOTAS

Don Marcelino Pavia es un criollo porteño que llegó al territorio junto con las tropas nacionales que realizaron su conquista. Formando parte del personal que acompañó desde Trenque Lauquén a la comisión de ingenieros que venía mensurando las tierras ganadas al indio, conoció el desierto a medida que éste íbase abriendo a la civilización. Y concluída la obra en que actuó dentro de su condición de hombre de campo, se radicó en el suelo del Neuquén, término de sus correrías de centauro que por poco no le llevan fuera del mapa. Y aquí está aún, con sus cuarenta y cuatro años de residencia neuquina, fuerte y ágil, llevando sus años con una gallardía envidiable. Es, tal vez, la figura más típica de toda esta vasta región. Jovial, ocurrente, siempre con alguna salida pintoresca a flor de labio, conserva energías sorprendentes para sus actividades habituales.

Vamos a referir aquí algunas anécdotas que muestran rasgos de su ingenio.

Ambulaba por el territorio un vasco cazador de cóndores, a quien se le conocía por don José, a secas. En aquel tiempo el cuero del “calvo señor de la montaña”, se cotizaba a buen precio, lo que provocó una tenaz persecución del “rey del espacio”. Y no fué don José, por cierto, el que con menos ahinco le trajo la guerra.

En sus andanzas cinegéticas, llegó a la zona en cuyo centro vivía y vive don Marcelino. Un día de los tantos en que éste repuntaba campo a fuera, llegó a un “puesto” distante, lugar donde don José estaba parando a la espera de algunos elementos que debían llegarle “de abajo” para proseguir la cacería. Don José y don Marcelino no se conocían, pero ambos tenían referencias el uno del otro. Tomaba el segundo el primer mate con que el dueño de casa le agasajara, cuando don José le dirigió la palabra, entablándose entre ellos el diálogo siguiente:

—Yo conocía de nombre a Vd., señor Pavia.

—Yo también a Vd.

—Estaba por ir a verle porque quería proponerle un negocio. Podríamos hacer una sociedad.

—Aquí me tiene, amigo.

—Vd. sabe que yo cazo cóndores. Los cueros valen veinte pesos en plaza, y aquí, con

una red, se pueden agarrar muchos. Pero para hacer el negocio grande me falta un poco de capital.

Y don Marcelino, instantáneamente, le respondió:

—Ya está. Yo pongo los cóndores.

* * *

Los salesianos tienen desde hace tiempo dos “casas” en el territorio, una en Chodmalal y otra en Junín de los Andes, Aquella se encarga de la propagación de la fe en la región norte, y esta sostiene un colegio con internado en la del sur. Periódicamente los sacerdotes abscriptos a esas “casas” salen en misión a recorrer sus pedanías respectivas, aposentándose en las estancias y “puestos” que por su ubicación ofrecen ventajas para reunir a los feligreses del lugar. Allí dicen misa, predicán, confiesan, casan y bautizan, recibiendo como retribución a sus servicios espirituales dinero en efectivo o cabezas de ganado.

Tienen un particular colorido esas juntas de fieles en la campaña semipoblada. Afluyen a ellas, en grupos pintorescos, todas las familias del contorno, anhelosas de ponerse bien con Dios tras los dos años largos de vivir al margen de la gracia divina. Las mujeres mayores llegan con cara de ocasión, sumisas, tocadas con el velo de ordenanza, la pollera conservando

aún la goma que da brillo al percal y la saraza, pero que no evita las arrugas impresas por los dobleces obligados en la estrechez de la petaca, bien ceñido el talle, liso el peinado, las trenzas tirantes en un ajuste impecable, el manto colgando al desgaire de los hombres sin gracia, la botina reluciente lubricada por el unto sin sal. Los chicos, pegados a las madres, cohibidos, asombrados ante el espectáculo extraño de tanta gente reunida, mordiéndose los dedos de la mano libre, o tirándose de la ropa que les embaraza. Las muchachas, las mozas de recias caderas y senos opulentos, la cabeza gacha, mirando por el rabito del ojo con la arisca desconfianza de su empaque rural, no permiten sospechar el garbo de sus cuerpos cuando giran nerviosos en torno al varón de sus preferencias en los escarceos de la cueca. Los hombres, limpios, circunspectos, con su gruesa manta al brazo, las rodajas de las espuelas cantando en su tintineo de acero el buen temple de su forja, sombrero en mano alléganse al “padrecito” y le saludan con profundo respeto, pensando tal vez, allá en sus adentros, que con la amistad del reverendo podrán conseguir el perdón celestial de algún acto que no está muy de acuerdo con la mansedumbre cristiana o con el séptimo mandamiento.

Es de práctica que en estas reuniones, que suelen durar varios días, el dueño de casa

atienda a la subsistencia de los fieles. Suele ello resultar oneroso, pues no es rara la concurrencia de cincuenta y más personas, a las que hay que proporcionarles alojamiento y comida.

Tocole el turno a don Marcelino, hace ya algunos años, de facilitar su casa para una “misión”.

Toda la población de “los centros” y de la costa del Covunco en varias leguas de su curso acudió “a la bulla” de la doctrina. Iban corridos ya tres días de ésta y habían caído para el consumo varias reses vacunas, quintales de harina y no pocos kilos de yerba, gastos que el no muy seguro celo católico del dueño de casa debía afrontar con la apostura de generosidad que es de orden. Llegó el cuarto día y el cachaciento padre no daba señales de terminar con sus evangélicos menesteres. En la madrugada, don Marcelino llamó a los peones encargados de la carneada y les dice: “Miren, muchachos, con las lecheras anda una vaquillona gorda de mi compadre Ortiz — mendocino, presente en la reunión —. Cuando el cura esté diciendo misa, la arriman atrás del galpón y la carnean.

Durante el santo sacrificio toda la concurrencia estaría en el interior de las habitaciones improvisadas en capilla y nadie repararía en el vulgar incidente del carneo. El compa-

dre amarrete concurriría así, sin saberlo, con unos asados gordos al costo de la zalema cristiana.

Concluída la misa vino el sermón. El P. Mateo predicaba con su arrevesada dicción: “El buen trato a los animales”. En lo mejor de sus consejas, se oye el balido sofocado y lastimero de la vaca que los carneadores, cumpliendo puntualmente la orden de su patrón, habían enlazado y se disponían a degollar. Era un balido triste, casi agónico, a causa de la fuerte presión de la armada en el pescuezo, denunciador, aun para el buen padre, a quien por cierto no le eran extrañas las prácticas rurales, de la inminencia de la muerte del animal. Y oportuno el sacerdote, quiso sacar partido de la incidencia. Alzando la voz, comenzó a decir: “Oigan, hicos míos, el grito de dolor de ese pobre ser que vanno a matare. Se ese anemal hablara, etc., etc.”

Don Marcelino murmuró quién sabe que chuscada al oído de su esposa, la que, creyente fervorosa, le dió un codazo.

Terminada la función religiosa y la carneada, salieron los feligreses de las habitaciones y se desparramaron por las dependencias de la casa. Don Marcelino esperó al padre en la puerta de salida.

Así que el reverendo acomodó los ornamentos sagrados en la petaca en que los guardaba, salió al patio. Don Marcelino le llama aparte y con gran seriedad le dice: “Ya sabe, padre, que esta es su casa y que puede venir a ella cuantas veces guste a cumplir con su ministerio; pero le pido que no haga hablar a los animales, porque en ese caso yo voy a hacer hablar a su zotana”.

Y el buen padre rió de la intención de la ocurrencia sin sospechar lo que la motivaba.

* * *

Regresaba de Chile un antiguo poblador del territorio y muy amigo de don Marcelino, a quien encuentra en el Paso de Pino Hachado, arreando una partida de bueyes.

—¿A dónde va, amigo, con tanta grasa? — le pregunta el viajero a nuestro conocido, aludiendo a la extrema gordura que mostraban los animales del arreo.

—Voy a Chile, a cambiar bueyes por educación, — repuso al punto don Marcelino, tres de cuyas hijas estaban pupilas en un establecimiento educacional chileno, pupilaje que iba a pagar con el producto de la venta de esos bueyes.

* * *

Nuestro hombre había ido a Bahía Blanca a estudiar la plaza de haciendas para según su

estado llevar o no una tropa de novillos que tenía lista para la venta. Un amigo que estaba en su mismo caso le encargó le avisara telegráficamente el resultado de su inspección.

A los dos días de estar en Bahía telegrafía al amigo: “Plaza mala”.

Transcurre una semana, y aquél, urgido por saber si el mercado se había compuesto y no habiendo tenido ninguna otra comunicación de don Marcelino, le telegrafía preguntándole: “¿Cómo está la plaza?”

Don Marcelino le contesta inmediatamente: “Plaza inmejorable”.

Y el amigo consigue al punto vagones, embarca su tropa y se va tras ella.

Llega a Bahía y se encuentra con la plaza en el suelo, con una baja enorme y sostenida. Busca a don Marcelino y le interroga: ¿Pero cómo me avisó Vd. que la plaza había mejorado? Esto es un desastre.

—Yo no le he dicho tal cosa, hombre. Le avisé que la plaza estaba inmejorable, que no tenía mejora.

Y hasta la fecha sostiene que él estaba en lo justo, con gran protesta del amigo, quien cada vez que se acuerda de la aventura idiomática de don Marcelino, transpira.

UN FUGITIVO DESCONOCIDO

Fué a fines de mayo de 1922.

El invierno se presentaba bravo. Las montañas, cubiertas de nieve desde fines de abril, eran una amenaza si mayo venía lluvioso. Y así sucedió.

Con sólo horas de intermitencia, iban transcurridos quince días de lluvia torrencial. El campo, saturado de agua, “ya no tragaba más”, y toda la que seguía cayendo y la proveniente de la nieve que se licuaba iba a engrosar el caudal de los arroyos y ríos comarcanos, provocando su desborde. Hasta los zanjones bajaban rugiendo.

El temporal había interrumpido las faenas en la estancia, limitándose los peones de campo a recorrer los potreros a fin de retirar el ganado de los sitios peligrosos. Y este mismo trabajo se hacía entrada ya la mañana, dando tiempo a que la hacienda se hubiera extendido en el pastoreo.

Como siempre, aquel día, luego de levantarnos, nos encaminábamos a la cocina de peones a tomar los mates de nuestro desayuno cuoti-

diano. Salieron al encuentro el capataz y nos dijo:—Patrón, ha llegado un desconocido y pide permiso para bandear el arroyo por alguno de los pasos del interior del campo. Le he dicho que el arroyo ha perdido paso en todas partes, pero el hombre porfía por cruzar.

Llegámonos a la cocina, donde la peonada “yerbeaba”. Dimos los buenos días, y dirigiéndonos al forastero, le preguntamos: — ¿Tiene usted mucho urgencia en seguir viaje? El hombre se levantó, contestándonos algo cohibido: —Sí, señor.

De mediana estatura, trigueño, mirada expresiva, con ropa de campo en buen uso, era una de esas tantas figuras simpáticas que abundan en nuestra campaña. Una cicatriz fresca en la sien izquierda le asomaba bajo el ala del chambergo. Había dejado el poncho y el rebenque sobre un banco, y a pesar de la holgura de la blusa el mango del cuchillo se insinuaba en la cintura.

Le llamamos aparte y le interrogamos con la autoridad que nos da a los patrones fronterizos el tutelaje consentido que ejercemos sobre todos los trabajadores del campo.

El hombre venía “del sur”, de ese vago sur patagónico que lo mismo puede ser la costa del río Limay como las lejanías del Deseado. Iba hacia Chile. Traía veintidos días de mar-

cha. Salió con once caballos y sólo le quedaban dos. Los otros habían muerto en la huella, o quedado por ahí, a lo largo del extenso recorrido, extenuados por la marcha rápida y sostenida del gaucho. Quería, a cualquier costa, vadear el Kilca.—“Aunque más no fuera que bandear el arroyo”, — díjonos como implorando.

Mientras nos iba dando esos datos imprecisos, le observábamos. Nos dimos cuenta que el hombre “venía mal”, seguramente a raíz de “una de a pie”. Cuando terminó de hablar, le preguntamos, buscando la confirmación de nuestras sospechas:

—¿Y esa cicatriz, peleando?

—Sí, señor, fierro a fierro. Han de venir siguiéndome, y si consigo pasar el arroyo amanezco en Chile.

No inquirimos más. Ni siquiera le preguntamos cómo se llamaba. La vida del desierto tiene su ética, que tal vez parecerá malsana al hombre de las ciudades, pero no así a los que vivimos librados a nuestras propias fuerzas, expuestos a las mil contingencias del acaso en el desamparo de estas inmensas soledades. Para la moral del criollaje fronterizo no es un delincuente el hombre que dirime un agravio mano a mano. No todos le aplauden, pero no

habrá quien le denuncie y menos quien le persiga.

Volvimos con el forastero a la cocina, y ordenamos a uno de los peones que trajera al Patricio. Cuando nombramos a este caballo, el hombre nos miró sorprendido.—¿Conoces a ese caballo? — le preguntamos.

—De nombre, señor. Es muy famoso en el sur.

—Te lo voy a prestar para que pases el arroyo, pues no podrías hacerlo en los tuyos. Te ahogarías. El Patricio es el único caballo capaz de cruzar hoy el Kilca. Cuando hayas pasado, le sacas el freno y lo largas. El volverá solo. Te voy a dar un papelito para un puestero que vive sobre la huella, de aquí dos leguas. Allégate al rancho para que abran la tranquera, y puedes pedirle carne, o alojamiento si quieres pasar la noche allí. Si algún repuntador te encuentra antes de llegar a esa población y te para, muéstrale el papel.

Estábamos escribiendo en una hoja de nuestra libreta cuando llegaron con el caballo. El gaucho lo miró con atención. Lo palmeamos en la tabla del pescuezo, y el soberbio pingó nos olfateó, reconociéndonos. Era un caballo extraordinario, lo mejor que hasta entonces habíamos criado, nieto de Neápolis, el prolífico semental del Haras “Las Ortigas”, y de una

mansedumbre como no vimos jamás en caballo alguno. Alazán, de gran alzada, musculoso, de recio esqueleto, era velocísimo y de un corazón de león.

—¿Te gusta? — le preguntamos sonriéndonos.

—¡Lindo flete, señor, y que Dios se lo conserve y se lo deje gozar, — respondiéndonos mientras se levantaba.

Le invitamos a tomarlo. Así lo hizo y fué con él al palenque, donde había dejado sus dos caballos, visiblemente trasijados.

En tanto el forastero ensillaba, en la cocina los peones hacían sus comentarios. Uno se aventuró a observar: — ¡“Vaya que este loco, una vez que esté al otro lado le pegue, no más, en el Patricio!”

—No, hijo, — le respondimos. — Ese hombre no me llevará el caballo. Ya lo verás.

—Sin embargo, patrón — adujo el capataz — es una corajiada la que usted hace. ¡Mire que es mucha tentación! El hombre sabe lo que va a montar.

—Pues por eso mismo, — respondímosle.

El forastero había terminado de ensillar y volvía al fogón. Parecía tranquilo.

Unos minutos después, provistos de lazos para auxiliar al fugitivo en caso necesario, todos estábamos en la orilla del Kilca. El arroyo

iba de banda a banda, “jeteando”, convertido en formidable torrente. Impresionaba la vista de aquella enorme masa líquida precipitándose cuesta abajo, turbia y bramadora. El gaucho miraba como indeciso la impetuosa corriente. Pero sólo fué un instante lo que duró esa impresión de temor, o sorpresa. Echó por delante sus dos caballos, animándolos. A pocos pasos de la orilla fueron arrebatados por el torbellino de las aguas. Surgieron maltrechos, a duras penas, como a cien metros aguas abajo. Era indudable que ninguno de ellos hubiera podido hacerlo ni con el solo recado auestas.

Cuando vió pisar tierra a sus caballos, el hombre se desmontó. Pausadamente comenzó a alijerarse de ropa, colocando ésta a la grupa del apero. El pañuelo del cuello se lo puso de vincha, guardando en él unos papeles, el dinero y los fósforos. Ató el poncho en los tientos delanteros, formando con él cómoda “gurupa”. Listo ya, se aproximó a donde nosotros estábamos, sombrero en mano. La emoción le turbaba. Con los ojos húmedos, nos tendió la mano y sólo pudo articular estas palabras:

—Usted sirve a un criollo, señor.

—Así lo creo, — le respondimos. — Que Dios te ayude.

Volvióse el hombre, pasóse el dorso de la mano por los ojos, y montó.

—Dejalo nadar a voluntad y hablalo, — le gritamos en el momento en que se lanzaba a la corriente, arrollado sobre la cruz del caballo, puesta ya toda su alma en el nuevo peligro que iba a afrontar (1). No nos respondió. Todos quedamos callados, pendientes del hermoso cuadro de color y de fuerza que se desarrollaba a nuestra vista.

Las aguas, al chocar sobre el pescuezo del caballo, saltaron espumosas como en una rompiente, y apenas si percibíamos entre el fragor del torrente el vigoroso resoplar del Patricio. Al llegar al lomo de la corriente, el caballo se balanceó, repelido por la violencia del choque de la arrolladora masa líquida. Sesgó aguas abajo, y se tendió en un supremo esfuerzo, los dientes apretados, las orejas erectas, dilatados los ollares en toda su amplitud.

Hubo un movimiento de alarma entre nuestros hombres, y algunos, rápidamente, armaron los lazos y galoparon por la ribera hasta enfrentar al forastero. Nosotros no perdíamos detalle. Todo lo esperábamos del corazón y poderosos músculos de nuestro caballo, como que con él habíamos afrontado duros lances en la

(1) Los gauchos del litoral vadean los ríos tomados de la cola o de la tusa de sus caballos. Los de estas regiones lo hacen sin desmontarse, generalmente sin freno y manejando al caballo con el bozal.

cordillera nevada y sabíamos de lo que era capaz. Pero llegó un momento en que perdimos la serenidad ante la inminencia de una desgracia. Fué cuando en el centro del cauce, el agua, al chocar sobre el pescuezo del caballo, saltó por encima de él, cubriéndolo totalmente. Temimos que le hubiera penetrado en las orejas, y entonces cabalgadura y jinete estaban perdidos. Pero no. Se vió al valiente bruto empeñarse a fondo en su lucha con la corriente. Levantó enérgicamente la cabeza, y en unas cuantas remadas más salvó el sitio peligroso. Segundos después hacía pie en la orilla opuesta, y el forastero se desmontaba chorreando agua. El caballo se sacudió con fuerza, y divisando hacia la estancia, relinchó. Nuestros hombres lo aplaudieron ruidosa y pintorescamente, y comentando el lance vinieron hacia donde estábamos. El forastero, a paso lento, traía al Patricio del cabresto, aguas arriba, por entre los árboles de la costa. Llegó frente a nosotros, y con visible esmero, casi acariciándolo, comenzó a desensillar el caballo. Al sacarle el bozal para largarlo, afirmó su cara en las carretillas del animal, y lo palmeó. Algo nos gritó, pero el fragor de las aguas y la distancia no nos permitió oír lo que nos decía. Tal vez fué un elogio para el caballo, o una última palabra de agradecimiento.

El Patricio entró tranquilamente al agua, olfateándola, y se lanzó confiado a la corriente. Suelto, aquello era un juguete para él. Salió del arroyo trotando, y con el hocico pegado al suelo buscó un lugar arenoso y se revolcó. Levantóse bruscamente luego, y comenzó a retozar en torno nuestro, dando cortos gritos de gozo. ¡Quién sabe si no sentía la nueva hazaña que acababa de realizar!

Entretanto, el fugitivo iba en busca de sus caballos que pastaban de allí cerca. Nos despedimos de él a gritos y por señas.

Nunca supimos más de su suerte, ni quién era.

DONDE HAY UNOS HAY OTROS

En el verano de 1921 llegaron a esta estancia los jóvenes porteños Agustín Molina Bustamante y Rodolfo Duhau. Venían en viaje de placer, deseosos de visitar la maravillosa región de los lagos andinos. Traían para su servicio a un hombre joven, criollo, de apellido Ceraño. Se les acogió con la simpatía que despiertan en esta casa las personas que invierten bien su tiempo. Lindos mozos los patrones; de buena planta el peón. Hijos de ganaderos aquellos, hombre de campo éste.

Quisimos ofrecer a nuestras visitas un espectáculo de la vida gaucha, y cierta mañana se echaron al corral algunos potros. Animales de raza criados en libertad en la montaña, era seguro que “darían juego” para que los domadores de la estancia se lucieran.

Se galoparon cuatro potros, y los muchachos serranos mostraron sus aptitudes de grandes jinetes, aplaudidos cortesmente por las visitas.

Nos hallábamos recostados en un palenque observando a los domadores que en ese momen-

to desensillaban los baguales, cuando se nos aproximó Ceraño y nos dijo con humildad:

—“Si el señor me permite, yo también jine-tearía”.

—De mil amores, — le contestamos en medio de nuestra sorpresa, pues todo aparentaba ser aquel hombre paquete, luciendo un saco entallado, **breeches** impecables y polainas de cuero elegantísimas, menos un jinete como el que habían menester aquellos potros cerriles, de vigor extraordinario y de una braveza de fieras.

Entramos nuevamente al corral y el hombre eligió un bagual colorado, lindo flete, de grupa poderosa, fuertes paletas y vivo el ojo. Nuestros muchachos lo echaron a la manga, lo embozalaron y lo llevaron al palenque.

—Traiga su apero, amigo, — dijimos a Ceraño, que en ese momento concluía de quitarse el saco, descalzarse y atarse un pañuelo a modo de vincha.

—No, señor, así no más, con un cuerito que me presten los muchachos es suficiente, — nos contestó, radiante de alegría, transfigurado.

Miramos a sus patronos y les vimos sonreír. Sin duda confiaban en su hombre, y esto no sólo nos tranquilizó, sino que ya comenzamos a pregustar las fuertes emociones de la doma en pelo, suprema proeza de los gauchos jinetes.

Mientras uno de nuestros muchachos le ayudaba a enriendar el potro, que rebelde se defendía a manotadas y mordizcos, los otros, en grupo aparte, cambiaban impresiones en voz baja acerca del “tapao” que se les aparecía en aquel pueblerito bien trajeado. Algunos de ellos conservaban aún en las manos las guascas que habían usado hacía un momento, y chicotando distraídamente el suelo con ellas, nos miraban a hurtadillas, tratando de sorprender en nuestro semblante la impresión que la audacia del mocito nos causara.

Se sacó el potro a la playa, un hombre lo sujetó fuertemente de la oreja y del fiador, y de un salto limpio y seguro el jinete “padentraño” se le sentó al bagual.

Y asistimos a un espectáculo hermosísimo, pues pocas veces hemos visto igual donaire en el lomo de un potro, mayor fuerza en las rodillas, elegancia parecida al castigar, ni bestia más bellaca — “como hecha de encargo”. — Se lució el hombre, y hasta “con fantasía” — según el decir de uno de nuestros muchachos —, pues cuando ya dominado el animal no atinaba más que a disparar, boleó la pierna y salió corriendo con el cabresto en la mano.

Pasaron algunos meses y vino el invierno y con él cambió el régimen de vida en estas montañas. Es esta la época del año en que el fogón

de las estancias serranas se ve más concurrido. Estimulados por su calor se hacen ladinos hasta los gauchos más taimados. Solemos compartir con nuestros hombres esas tertulias de las frías tardes invernales en que el mate circula de mano en mano y el ingenio nativo chisparrotea a la par de las astillas que arden en el fogón.

No recordamos con precisión en qué circunstancia, pero el caso fué que alguien trajo a cuento la jineteada del “mocito padentrano”. Hubieron elogios entusiastas, como que entre los presentes habían quiénes podían valorar la hazaña; se establecieron parangones con otras parecidas; se habló largo del suceso, y hubo uno que exclamó: — ¡Diande íbamos a maliciar que juera tan jinetazo!”.

Entonces, un viejo que rara vez habla sin ser interrogado, ex-cautivo de los indios, hombre de una cachaza desesperante, a quien nada le aflige ni por nada se apura, respetado en la región por su ancianidad y por su vida de labor tesonera y honesta, don Abdon Cerda, exclamó sentenciosamente y entre el asombro de todos: “¡Donde hay unos hay otros!”.

Algunos nos miramos como interrogándonos acerca del acontecimiento. El viejito aparecía quieto, como si tal, sentado en su banco bajo, el torso inclinado hacia adelante, la mirada fija

en las llamas, como abstraído. Se nos ocurrió que aquella salida del eterno silencioso “tenía cola”, y viendo una oportunidad para enriquecer las notas del **folklore** local que vamos reuniendo, le dijimos: — A ver, viejito ¿cómo es eso? ¿Es un cuento?

Tardó un momento en contestarnos. Parecía que algo revolviera en su memoria. Endeizó el busto, recogió las piernas bajo el banco, y sin quitar la vista del fuego, pausadamente nos respondió:

—Tal vez sea cuento, patrón... Tal vez sea verdad, no más.

—Bueno, cuéntenos el sucedido, viejito.

Don Abdón siguió como meditando. Nadie hablaba, pendientes todos de aquellos labios obstinadamente silenciosos. Conocido es el gusto de las gentes del campo por el cuento. Hay gauchos que todo lo refieren a sus consejos.

Un galgo, tiritando de frío, se introdujo por entre dos asientos, arrimándose al fuego en busca de calor. Clavó en él sus ojos inexpressivos don Abdón y dió comienzo a su relato, “al tranco” — según la gráfica expresión de uno de los presentes cuando después se comentó el suceso.

Procuraremos repetir lo más fielmente posible la narración del anciano.

—Hace ya muchos años, en lo antiguo, habían dos hombres muy diablos... Eran buenos pa todo... pa el lazo, pa bolear, pa domar, pa rastrear, pa el baile, pa peliar... pa todito... Uno vivía en el norte y el otro en el sur... No se conocían más que de mentas... Y les dentró a los dos ganas de conocerse, pa tantearse... Y un día el del norte bajó pal sur; y el del sur subió pal norte, los dos buscándose... Galoppearon los hombres muchos días hasta que se toparon en la huella... Dicen que había mucho sol y que la tierra estaba muy caldeada. Se ganaron abajito de un roble, a sombrear... Conversaron de sus pagos los hombres, maliciándose los dos; pero no se entregaban... En un redepente el del norte mira pa arriba el árbol y vido un águila echada en el nido. Y ya le dentró al hombre como una comezón... El del sur le desconfió y ya también le dijo: Vea, amigo, Vd. ha e ser un tal muy mentao que dicen que hay pal norte... Mesmamente, le contestó el mozo, seguro ya de quel que le hablaba era el mentao del sur...

—¡Se toparon los padres! — exclamó uno de los presentes, no pudiendo reprimir su entusiasmo ante la inminencia de la justa.

—Ansina fué, — continuó el anciano —. Entonces el del norte le dijo al del sur: Vamos a ver si son ciertas las mentas que lo afaman,

amigo... Mire ese nido de águila... ¿A qué no es capaz de subirse al árbol y sacar los huevos del nido sin que el águila lo sienta?... El del sur se enderezó, se sacó las botas y hay no más principió a subir con más cuidado que un zorro cuando anda aguaitando la presa... Llegó el hombre al nido y dentro a sacar ramitas y ramitas del fondo del nido... El del norte se había subió atrás del otro sin queste maliciara, y estaba cerquita, cuasi pegadito a él. Quien sabe el del sur no lo sintió porque tuito él estaba pa su trabajo. ¡El águila es un animal muy albertío, como Vds. saben!... Al mucho rato el del sur hizo un aujero en el fondo del nido y sacó un güevo y lo metió en la cartera de la chapona. El del norte se lo sacó enseguida sin quel otro maliciara. Y el del sur sacó el otro güevo y el del norte se lo peló también, abajándose enseguida... El del sur principió a bajar despacito pa quel águila no volara... Cuando yegó al suelo, riyéndose, metió la mano en la cartera pa sacar los güevos. ¡Diande!... Dicen que el hombre se asustó al no hayarlos.... Entonces el del norte los peló dentre el seno y se los amostró... El hombre del sur se sentó en el suelo trabajao por la pena, y ni hablaba... El hombre del norte se enderezó y dicen que le dijo: “Ya ve, amigo: Donde hay unos hay otros”. Y cada cual rumbió pa su pago.

CACERIA ACCIDENTADA

“No hay muchos, pero hay algunos” — nos había contestado un viejo poblador de estos lugares cuando por primera vez le preguntamos si había leones (pumas) en la región, hace de esto muchos años.

Venidos de Buenos Aires, de las llanuras “como billar”, nuestro trasplante a la montaña nos obligó a comenzar de nuevo el aprendizaje campero. Detrás de cada cerro había un misterio para nosotros; nos asombrábamos de ver pastar al ganado en las empinadas laderas, donde nos parecía que sólo por milagro podían andar las bestias; las quebradas nos dejaban suspensos, no atinando por dónde salvarlas; ante cualquier arroyo quedábamos perplejos, ignorantes de “las señas” que denunciaban los vados; mirábamos el campo sin atinar a individualizar los pastos aptos para la alimentación de las haciendas; y en la selva milenaria que se alzaba arriba de los mil trescientos metros, sobrecogidos por su misterio, nos sentíamos rematadamente inútiles.

De ahí que en el afán de acriollarnos en la región, de penetrar todos los secretos de la nueva vida que nos tocaba vivir, no dejáramos pregunta por hacer, rincón que no registráramos, privación que no sufriéramos, rigor climático que no experimentáramos. Así adquirimos, con el tiempo y la voluntad, la aptitud que nos ha permitido señorear la montaña.

Como el viejo criollo nos informara, si no abundan, hay leones en estas serranías. Viven en el bosque, en las cumbres poco frecuentadas, de donde sólo bajan a los valles en invierno, cuando la nieve les hace imposible la permanencia en las alturas. Mientras residen en ellas se alimentan de las alimañas silvestres, siendo una de sus presas favoritas el **huemul**, siervo andino que mora en las cumbres boscosas de la región. Pero cuando los rigores del invierno los obligan a buscar el refugio de las quebradas próximas a los valles donde viven los rebaños domésticos, conviértense en un temible azote de la ganadería comarcana. El león no caza sólo para saciar su hambre, sino que parece encontrara placer en matar reses, que luego deja abandonadas como un desafío al cielo de los pastores. Y si es una leona parida la que “entra a la majada”, aquello conviértese en una hecatombe. Treinta, cuarenta, cincuenta y más ovejas amanecen destrozadas en el ro-

deo. Y entonces hay que perseguir a la fiera a todo trance, pues en cebándose, terminaría por producir un desastre en las majadas. Se dice, y nosotros lo creemos porque a ello nos obliga la experiencia, que la leona, en esos casos, hace tanto destrozo, por que enseña a sus cachorros a cazar. Esto mismo puede verse en el gato doméstico, cuando la madre, rodeada de su cría, consigue atrapar una laucha. La suelta luego entre su prole y queda ella vigilante para saltar sobre el mísero roedor en cuanto éste escapa de las garras inexpertas de los gatitos, a quienes, solícita y siempre alerta, les devuelve la presa una y cien veces. Y así la leona parida, en medio de una majada, mata y hace matar ovejas a sus cachorros hasta que la fatiga o la luz del día la lleva a su guarida, generalmente oculta en riscos poco menos que inaccesibles, en las cumbres nevadas.

Estábamos en pleno invierno. La nieve cubría totalmente las montañas, quedando descubiertos únicamente los valles y los faldeos abajo de los mil doscientos metros sobre el nivel del mar.

Se rumoreaba en los “puestos” de las andanzas de una leona parida por las cercanías. “Que Fulano vido el rastro en el paso tal; que Zutano dice que ha bajao el lión porque la tropilla llegó disparando, asustada, a las ca-

sas, y la madrina bufaba, divisando pa el alto; que Perengano vido algo en la meseta, entre el ñirantal, que le pareció líon, pero la ñiebla no le dejó ver bien, pero dice que los rastros son de líon, uno grandazo y dos como de cachorros”.

Y de los “puestos” el rumor llegó a la cocina de la estancia y de allí a nosotros. Recomendamos especial vigilancia a los peones de campo, con cargo de avisarnos en cuanto le “pisaran el rastro” a la invasora. Nos preparábamos para el hermoso espectáculo de una cacería en la montaña nevada, en la que el músculo y lo demás suelen ponerse a prueba.

En un día de esos, en circunstancias que montábamos a caballo para dar un vistazo a cierto rodeo, llega un muchacho, peoncito de uno de los “puestos” más distantes, con la noticia de que Ramón Alarcón, uno de nuestros “puesteros”, en compañía de otros vecinos, había muerto a la leona y los dos cachorros, allá lejos, en las nacientes del Llamuco.

A los dos días se nos presentó el hombre en la estancia, trayéndonos de regalo los tres cueros. Nos hicimos relatar la cacería.

La leona había bajado en la noche y muértole quince ovejas. Convidó a tres vecinos y la rastrearon. Siguieron a caballo hasta donde les fué posible, pues a lo abrupto de las lade-

ras se unía el grave inconveniente de la nieve, que en partes, amontonada en “bardones” por el viento, alcanzaba a más de tres metros de espesor. Dejaron seguros los caballos y siguieron a pie, ora por entre la selva de la faldas, ya por entre riscos, o bien por la ribera del arroyo, aguas arriba, según la leona, con su instintiva malicia, o en el simple vagar de fiera repleta, había ganado su cubil. Siempre sobre el rastro, treparon al altiplano, pasado ya más de medio día de caminar embarazados por la nieve. En un acantilado que caía sobre la quebrada, se perdían los rastros. Era seguro que en ese lugar la leona tenía su guarida, y comenzaron a registrar todas las grietas y resquebrajaduras de las peñas que allí se amontonaban en la ordenación desconcertante de las formaciones basálticas. En una caverna formada por una enorme aleta de piedra, al reparo de los vientos, estaba la fiera. Les recibió con el sordo rugido de sus terribles enojos, madre, al fin, que se prepara a la defensa de su cría. Ramón llevaba un revólver cualquiera, de esos que los pulperos venden como “de los buenos”, y que si una de sus balas le acierta a uno en un ojo, todo lo más que causan es una nube. Los otros compañeros llevaban cuchillo y boleadoras. Ramón toma posición cómoda frente a la entrada de la caverna,

apunta al pecho y hace fuego. Un rugido terrible llenó el espacio, y simultáneamente la leona se arrojó, en salto formidable, sobre su atacante. Una “cuerpeada” a tiempo salvó a éste del zarpazo; pero en la violencia del movimiento perdió el revólver. Rápido, echó mano al cuchillo y atropelló a la leona que en ese instante, arrollada sobre sus cuatro patas en el veril del acantilado, se disponía a saltar al abismo. Ramón llegó a ella en el preciso momento en que la fiera daba el brinco, y enardecido por la lucha brava y violentísima, sin reparar en lo que hacía, perdida ya la noción del peligro, se aferró a la cola con la mano izquierda. Y la fiera lo arrastró en su salto hacia el vacío. Felizmente, a cuatro metros del borde del acantilado, sobresalía una pestaña de la enorme pared basáltica, y en ella la nieve tendría como un metro de espesor. Leona y hombre cayeron juntos, ambos de pie, el gaucho siempre sujeto a la larga y poderosa cola de la bestia y ésta debatiéndose por alcanzarle con sus garras. La nieve había amortiguado el golpe de la caída y los dos adversarios estaban en plena posesión de sus medios. Ramón, sereno y ágil, no perdió un instante, y al arquearse la fiera para atacarle, “le buscó el lao contrario” y le partió el corazón de una puñalada.

Y el gaucha, al finalizar su relato, temblándole la voz por la emoción, agregó por todo comentario: “¡Viera, patrón, qué paisaje!”.

Bello debió ser, sin duda, en su sencillez salvaje, ese cuadro, viva representación del valor y de la fuerza en aquel escenario grandioso de la montaña nevada y solitaria. Tan bello, que hirió el fondo del alma ruda del montañés, arrancándole esa exclamación, que si incorrecta en la forma, acusa la fina sensibilidad del alma gaucha ante la belleza pura.

ARREOS

Los que viven lejos de nosotros, de los pobladores de estos inmensos campos patagónicos, creerán que hay exageración en lo que vamos a referir, tal de extraordinarios parecerán estos cuadros de nuestra vida para los que en el resto del país disponen de medios de que aquí carecemos. Es esta que vamos a mostrar una faz interesante de nuestros hombres de campo, reveladora de su aptitud para los grandes esfuerzos.

Son comunes aquí las operaciones de compra de ganados a doscientas y más leguas del lugar donde uno vive, distancias que las haciendas deben recorrer andando. Para apreciar lo que esto significa debe tener el lector siquiera noción de lo que es un arreo, máxime si se trata, como en estos casos, de marchar por campos casi despoblados.

Durante meses el tropero tendrá que bastarse a sí mismo, preveer todas las incidencias y dificultades que inevitablemente se le presentarán en el largo viaje. Vivirá a la intemperie, expuesto a la lluvia, la nieve, el sol y el viento,

de ese terrible y acobardador huracán patagónico que suele durar semanas. Su recado y su poncho serán su cama y único abrigo en la cien y más noches que deberá acampar al pie de su arreo, vigilante siempre, durmiendo con un solo ojo, atento a los cuartos de ronda, al menor movimiento que bien puede ser el comienzo de una disparada, accidente frecuente durante la noche cuando el ganado es arisco y no se toman las precauciones del caso.

A más del vigor físico que necesita el tropero para resistir la fatiga de esos viajes enormes, ha menester de inteligencia despejada, iniciativa, previsión, constancia, todo un conjunto de atributos morales que concurren a cristalizarse en un concepto austero del deber. Sus patrones han confiado a su celo y pericia todo un capital, y él debe poner a contribución, y la pone, toda su capacidad para responder a esa confianza. “No tendrá cara” para presentarse con más de la merma normal de cabezas al término del viaje, merma que precisamente la gran aptitud del gaucho para estos trabajos ha fijado en un 3 o/o para los lanares y en uno para el vacuno cuando el arreo viene de más de cien leguas. A medida que la distancia se acorta hay menos tolerancia, ocurriendo a la inversa en el caso contrario. Estas mermas provienen de animales que se en-

ferman en la huella, que se salen de la ronda y se alejan del “real”, que se trasponen en el pasaje de los ríos, o “se abren” campo afuera cuando la tropa marcha muy extendida. Estas causas poco menos que inevitables, se agravan, o se atenúan, según la menor o mayor pericia del tropero. Y cuánto se pone ésta a prueba, podrá calcularse si se considera que durante meses esos hombres deben marchar al tranco de su caballo, atentos a todos los accidentes del camino, a la salud de las bestias, a detalles en apariencia fútiles pero que descuidados pueden ocasionar un desastre. Su perfecto conocimiento de la topografía de las regiones que debe atravesar, de las distancias intermedias entre aguada y aguada, entre paradero y paradero, no puede fallar porque ello traería consecuencias irreparables. El tropero no lleva, ni tampoco las necesita, cartas geográficas para cruzar las inmensas extensiones de su recorrido. Su prodigiosa memoria, su fino espíritu de observación, al que no escapa detalle de la huella, le bastan y le sobran. Y trás la agotadora tensión en que va marchando días y días, meses y meses, todavía tendrá ánimo para bromear en el fogón, comentar incidencias cómicas de alguno de los compañeros y contar cuentos antes de irse a tender su recado para medio dormir, siempre alerta, “no sea que el

diablo meta la pata y nos haga una de las suyas". Antes de clarear el alba tendrá su caballo ensillado, y "el amargo" reparador habrá circulado en su fogón.

Es admirable la aptitud del nativo para estas duras pruebas. Así como por excepción podríamos anotar el fracazo de alguno de ellos como troperos de largas distancias, pocos son los éxitos de extranjeros en iguales casos. Algunos españoles, vascos en su mayoría, y uno que otro inglés, harían la excepción. Del resto solo pueden anotarse desastres.

Vamos a dejar constancia de arreos que acusan en los que los realizaron esa aptitud para la brava vida del confín argentino a que nos venimos refiriendo, en la que los nativos descuellan.

Demetrio Alsina, de vieja estirpe patricia, salió del Azul en 1887 con mil vacas coloradas. Dió parición en el camino y a los seis meses llegó a las costas del río Catán-Lil, a inmediaciones del fortín "1º de Mayo", con un aumento de quinientos treinta terneros. Había andado doscientas ochenta leguas al pie del arreo. El lugar que en esa región lleva hoy el nombre de Las Coloradas, asiento de las autoridades del departamento, debe su toponímico al pelaje de ese rodeo que allí se le dió querencia.

Un año después, Alejandro Arze, también porteño, y de los primeros pobladores de este territorio, arreó desde Necochea, mil toros. A los cinco meses llegó a Chillán, ciudad chilena, con novecientos noventa y nueve novillos. Castró sus toros en la huella y los vendió en Chile como novillos. Un arreo trascontinental con la pérdida de una sola cabeza!

Don Juan Trujillo, uruguayo y don Juan J. Rodríguez, paraguayo, realizaron en la misma época iguales prodigios. Esos cuatro hombres fueron los primeros puntales de la ganadería en el centro y sur del Neuquén.

Podría observar el lector que se trata de casos ocurridos en la que se llamaría la edad heroica del Neuquén. Precisamente por eso los citamos, para que al conocerse las que anotaremos enseguida pueda verse que a través del tiempo se continúa repitiendo las mismas hazañas.

Uno de nuestros hermanos, Pedro, salió de aquí, hace cinco años, con un arreo de potros y carneros — los dos extremos en aptitudes para la marcha — en pleno invierno, hacia el sur. A los dos meses y medio llegó sin ninguna pérdida al Río Frío (sud del Chubut) — 215 leguas —. Cambió los animales que llevaba por capones i a los otros dos meses y medio de

viaje embarcaba su arreo en Zapala con un medio por ciento de merma.

Como una incidencia de este viaje referiremos esta anécdota de sabor amargo. Venía Pedro en marcha de regreso y había acampado a inmediaciones de las costas del río Chubut. En la madrugada, antes de aclarar, se levantó junto con los peones que no estaban “de cuarto”. Uno de ellos fué a la próxima vertiente y llenó la pava de agua. Calentada ésta, pusiéronse todos a tomar mate. Alguien notó un sabor extraño a la reparadora infusión, pareciéndole en extremo amarga. Pero continuaron “yerbeando”. Cuando aclaró, al ir a cebar un mate, el que lo hacía vió que por el pico de la pava salían unos filamentos blancucinos. Destapa la pava, y con la sorpresa y repugnancia de todos descubre dentro un sapo macerado por la cocción. El batracio había entrado a la pava cuando esta fué sumergida en el ojo de agua y zancochándose luego en ella. Y quedó demostrado que la infusión de sapo no mata.

Desde aquella fecha Pedro ha seguido trayendo arreos de lanares desde el extremo austral de la Patagonia, siempre con igual éxito. Hace unos meses le vimos embarcar en Allem, después de setenta y cinco días de viaje, seis mil ovejas viejas. No traía pérdida apreciable

y el estado de los animales no podía ser mejor dada la enorme distancia recorrida y la edad de los mismos.

El año pasado, dos peones nuestros, uno porteño y el otro nacido aquí de padres chilenos, cedidos por nosotros a un amigo, arrearon desde aquel mismo Río Frío hasta Zapala, — 240 leguas — en dos trozos, ocho mil lanares, con una pérdida del 1 por ciento después de dos y medio meses de marcha.

En el mismo año, otro porteño, Arnaldo Santiácomo, trajo desde “Huemules” hasta Hai-chol — 270 leguas — cinco mil borregas. Llegó a nuestra casa, donde le contamos la hacienda por encargo de su dueño, con sólo $1\frac{1}{4}$ por ciento de merma.

Peones nuestros han arreado reproductores vacunos a más de cien leguas, por entre montañas y vadeando ríos caudalosos, llegando siempre sin pérdida y con los animales en buen estado.

Si hazaña es arrear vacunos a largas distancias sin sufrir quebrantos, pueden muy bien duplicarse las dificultades a vencer cuando se trata de lanares. El pasaje de los ríos, que forzosamente hay que hacerlo a nado, es serio y grave asunto, piedra de toque de la pericia del tropero. La oveja es un animal muy cobarde para el agua, y se requiere mucha habilidad

para hacerla “azotar” a la corriente. Los “campos sucios”, cubiertos de monte achaparrado, son otro peligro cierto. Los caminos de piso duro, o con pedregullo, al menor descuido provocan el desgaste de la pezuña, y arreo “despiado” está a dos dedos del desastre.

Todas las grandes compañías ganaderas de la Patagonia, y sobre todo las inglesas, tienen su personal de campo criollo, en la mayor parte traído de Entre Ríos y Corrientes. Sus capacetes de arreo son igualmente criollos.

Podríamos citar cien casos como los que dejamos anotados, que si bien dejarán indiferentes a los hombres de las ciudades que, ignorantes del medio y de la técnica, no pueden valorar estas hazañas, en cambio los ganaderos de todo el país sabrán darle el mérito que tienen.

En estas severas pruebas del desierto es donde el gaucho temple su carácter. Dura escuela, por cierto, pero así salen de fuertes y masculinos los que en ella se forman.

HORAS DE PRUEBA

Tiene esta vida de la montaña andina rigores que ponen a prueba la voluntad mejor disciplinada. Sólo un propósito decidido, inquebrantable, al que por lo común se llega por la sugestión de un móvil alto, o el imperio de la necesidad, o un particular estado de espíritu, pueden determinar la permanencia del que no sea nativo del lugar en este medio agresivo. No nos referimos, por cierto, a los que viven en los centros poblados del territorio, donde siquiera hay un remedo de vida urbana y se tienen a mano los recursos primarios de la civilización. Aludimos a los habitantes dispersos en la soledad de las montañas, a los que deben debatirse en el aislamiento y sin la posibilidad de ningún auxilio exterior cuando la nieve los bloquea y les hace sentir la desesperante realidad de su desamparo. Quien no se haya encontrado personalmente en esa situación jamás podrá medir la zozobra, las amarguras, las tribulaciones a que uno se ve sometido en esos trances supremos. La más patética descripción de esas horas terribles no

trasmitirán la sensación, no digamos real, que ello es imposible, sino que ni aproximada, de los sentimientos que sacuden al ánimo en lo incierto de esas situaciones, máxime cuando se es la cabeza del pequeño grupo de seres que juegan su porvenir y su existencia al azar de aquellos momentos en que la naturaleza desata sus furias y las agita con la violencia implacable y ciega de sus leyes misteriosas.

No veas, lector amigo, en estas reflexiones, simples figuras de dicción más o menos bien hilvanadas para impresionar tu espíritu. Son ellas el reflejo fiel del sentir personal ante la evocación de momentos intensamente vividos, de bravas horas de lucha en que crujió toda la armazón moral del que se creyó fuerte. Quédanos, como herencia de esos quebrantos, cual a los enamorados en desgracia, el revivir la dolorosa memoria con esa fruición enfermiza de los desconsolados y que por extraño fenómeno trae en la misma tortura del recuerdo el lenitivo.

Finalizaba el mes de julio de 1919. El invierno iba transcurriendo normalmente, con sus bajas temperaturas, sus nevadas ordinarias y sus lluvias torrenciales. Pero faltaba el mes de las sopresas, agosto, que suele dar su zar-pazo traidor de tarde en tarde. Los ganados habían llegado al período en que su carnadura

comienza a declinar a consecuencia de los rigores climatéricos y a la escasez de pasto en los campos de invierno, donde viven desde fines de abril.

Hacía unos días que veníamos observando el lento descenso del barómetro, la afluencia inusitada de pajaritos en las casas, cierta inquietud en el ganado vacuno. Eran síntomas seguros de que se avecinaba un temporal. Contemplábamos nervisos el cielo, tratando de descubrir la primer nubecita denunciadora de la borrasca a fin de saber de qué rumbo se presentaba ésta, lo que nos permitiría calcular la duración probable del mal tiempo. Triste consuelo, sin duda, desde que nada se remedia con ello, como no sea conocer con alguna anticipación la mayor o menor dureza del castigo.

El 26 de julio a la tarde, la runcinada cresta del Chachil, imponente macizo que se levanta al noreste del valle en que habitamos — rumbo de donde suelen venir los temporales más temidos en la región — comenzó a cubrirse de nimbus enormes que avanzaban en un rodar de tumbos prodigiosos. Pocas horas después, toda la cadena de ese sistema orográfico se velaba tras un manto de espesas nubes en marcha hacia al oeste, adquiriendo el cielo ese tinte lechoso precursor de la nevada. El alarido del huracán en las aristas de las cumbres,

llegó al valle como el rumor de un cataclismo lejano. Ráfagas heladas cruzaron silbadoras, y al poco rato la nieve comenzó a caer en copos grandes y secos.

El barómetro se había detenido en tres puntos abajo del que en estas alturas — mil metros sobre el nivel del mar — marca la división entre el buen y mal tiempo. (1).

A las diez de la noche, hora en que nos acostamos, el espesor de la nieve alcanzaba a veinticinco centímetros en el patio, y seguía nevando sin viento.

Nos despertamos con la primera luz del día que se filtraba por los resquicios de los postigos. Algo nos alarmó el no haber oído el canto de los gallos, ni el relincho de los padrillos, ni el mujir de los toros al ser racionados, ni el ladrido nervioso de los perros al salir al campo con los repuntadores, ruidos habituales en el despertar de la estancia. Un silencio de tumba nos envolvía. Era evidente que seguía nevando, y recio, pues en esos casos la nieve apaga todos los sonidos. La luz, de una blancura reveladora, también nos anunciaba que todo lo cubría la blanca mortaja de la nieve.

(1) Comunmente, los grandes temporales no se producen aquí con el mínimun de presión, ni jamás se ha aguantado el buen tiempo más de dos días en la más alta. Nieva con temperaturas entre 0° C y 3½° C. La lluvia se produce entre la última temperatura y la 9° C.

¿Pero en qué medida? Era lo que no sabíamos y lo que inmediatamente fuimos a ver.

Miramos a través de los vidrios de una ventana. Asombrados, no atinábamos a contestar a la patrona, que ansiosa ante nuestra actitud, nos interrogaba desde el lecho. Pronto estuvo a nuestro lado, y como nosotros, quedó muda, azorada. Pero reaccionó primero y mirándonos con una expresión de sobresalto, casi de espanto, exclamó: “¡Nunca he visto tanta nieve!”.

Así era, en efecto. Jamás habíamos visto en el valle, ni aproximadamente, una capa de nieve de tal espesor, y eso que llevábamos ya doce años de residencia en el lugar. Y no era eso todo, si no que seguía nevando como si recién comenzara.

Al punto pensamos en el ganado disperso en los potreros de invierno, donde era seguro que la nieve habría alcanzado mayor altura que en el valle, uno de los lugares más bajo de todo el campo.

Minutos después salíamos al corredor, y desde allí pudimos apreciar con exactitud la enorme proporción de la nevada. Su grueso manto terminaba verticalmente en la línea de la solera del corredor, dejando ver su espesor real. Lo medimos. ¡Ochenta y cinco centímetros!

No podíamos salir de allí, pues la masa de nieve nos inmovilizaba apenas penetrábamos en ella. Las dependencias del establecimiento, edificadas en dos alas paralelas a lo largo de ciento cincuenta metros, aparecían veladas trás la cortina de la nieve que seguía cayendo y como enterradas en la gruesa capa que cubría el suelo.

Nos paseábamos trás la blanca barrera, bloqueados, impotentes, considerando el desastre que aquello importaba para nosotros. El esfuerzo paciente de muchos años anulado en una noche sin que pudiéramos haber opuesto nada en su defensa; las esperanzas en un porvenir económico desahogado, destruídas por las mismas fuerzas que concurrieron a alimentarlas; las energías de que se habría menester para recomenzar la lenta y penosa ascensión; el desánimo que podía apoderarse de los colaboradores en la obra iniciada con tanta fe; sufríamos el asalto, en fin, de tristes impresiones que nos oprimían el pecho sumiéndonos en un estado de alma próximo a la derrota.

El característico crujido de la nieve al romperse bruscamente llamó nuestra atención hacia un ángulo del corredor, al medio del cual saltó, gozoso, nuestro perro regalón, un **pointer** inteligentísimo. Vino corriendo a refregarse en nuestras piernas, dando cortos y agudos la-

dridos de alegría. Fuímos hacia el punto por donde el perro apareció y notamos el surco que había dejado en la nieve al avanzar sobre ella a remezones. Nos disponíamos a seguir por esa huella para comunicarnos con algunos de los peones que pudieran estar en los primeros galpones, cuando oímos el murmullo de una conversación y voces fuertes aisladas. Instantes después vimos incorporarse a uno de nuestros hombres. Le gritamos y al punto nos respondió, apareciendo simultáneamente cuatro compañeros más. Unos treinta metros nos separaban y solo podíamos ver de ellos la parte superior del torso. No los habíamos visto antes, por que agachados manejando las palas con que venían abriendo un camino desde más de cien metros, la masa de nieve nos los ocultaba.

Un momento más y nuestros muchachos llegaron al corredor, rompiendo nuestro cautiverio. A la vista de sus rostros enérgicos, oyéndoles expresiones alentadoras y algún juramento que no podía faltar en semejante oportunidad, reaccionamos.

Tranquilizamos a nuestra santa compañera, que a las voces de los muchachos había acudido ávida de cambiar impresiones con esos hombres bravos y buenos que tantos peligros han compartido con nosotros, y nos fuímos con ellos a su cocina. Allí, mientras circulaba

el mate — éramos ocho — cada cual dió su opinión acerca de lo que debía hacerse una vez que cesara la nevada para salvar si no toda la hacienda, lo que parecía imposible, todo cuanto se pudiera. Serranos en su mayoría, no recordaban una nevada igual. Se trajeron a cuento otros temporales que han dejado tristes recuerdos en la montaña, encierros de ganado por la nieve, mortandades ruinosas, crecientes devastadoras, cien lances diversos de la brava vida comarcana, cada uno de los cuales, junto con los quebrantos que produjera, dejó también enseñanzas y contribuyó a formar el carácter enérgico de estas gentes.

La verdad es que nosotros no veíamos como podría salvarse, no diremos un rodeo, pero ni siquiera un animal. ¿Dónde meterlos, si todo el campo estaba cubierto por una capa de nieve que en partes debía llegar a dos metros de espesor? Las ovejas estarían aplastadas bajo el peso de la enorme masa blanca, las vacas y yeguas inmovilizadas, aprisionadas por ella. Si al cesar la nevada el termómetro bajaba a 15° C bajo cero, lo que era seguro si no llovía de inmediato, todos los animales morirían helados, pues era imposible que resistieran esa temperatura en la inmovilidad en que los suponíamos.

Todo esto pensábamos mientras nuestros hombres, animosos y decididos, íbanse alistando para lanzarse al campo de nieve en cuanto se los ordenáramos. Salieron a luz zamarras de cuero cabrío, gruesas y peludas ojotas, ponchos de Castilla, gorros de pieles, antiparras obscuras, todo el ajuar del montañes para estas emergencias.

A las nueve de la mañana dejó de nevar, y comenzó a soplar una brisa fría, punzante, del sur. Buen síntoma en cuanto a la terminación del temporal, pero alarmante respecto al descenso de la temperatura. Las hemos tenido polares con viento de ese rumbo.

Había en las caballerizas sólo cinco caballos de trabajo. Los tres que faltaban para que montáramos todos, los reemplazamos con otros tantos padrillos pura sangre, de la dotación de sementales del establecimiento.

Y nos lanzamos a la nieve, uno tras de otro, en fila india, turnándose a ratos el puntero para no fatigar la cabalgadura, abriendo huella. Avanzábamos penosamente repechando una cuesta larga y tendida. Aunque la nieve estaba blanda y los caballos podían hendirla con el encuentro, era tal su espesor que demandaba gran esfuerzo de los nobles brutos para ir adelante.

Teníamos como primer objetivo una quebrada poco profunda, con bosque a todo lo largo del arroyito que corre por su centro, lugar en que la hacienda de ese potrero solía guarecerse durante los temporales. Al dar vista a la quebrada un extraño espectáculo se nos ofreció. Las copas de los árboles, al peso de la nieve, habían cedido en el máximo de su elasticidad, unas tocando tierra, otras unidas entre sí como soldadas por la nieve, formando el todo una bóveda ininterrumpida. Abordado el monte, un gran trozo de ganado de las tres especies, en mestura pintoresca, apareció a nuestra vista. Lo dejamos quieto porque allí estaba en salvo. La cubierta de nieve sobre los árboles lo protegía de la intemperie, agua la daba el arroyo y alimento las ramas. Todos exteriorizamos nuestro contento ante la agradable sorpresa. y así, de trecho en trecho, íbamos encontrando “puntas” de hacienda que llevada por su fino instinto había buscado abrigo en los únicos sitios en que él era posible.

Uno de los muchachos trepó a una altura para divisar hacia los grandes faldeos del fondo del potrero, lugares donde bien podían haber quedado bloqueadas por la nieve “puntas” de ganado, sobre todo yeguas, dada la propensión del equino a ganar las alturas en el mal

tiempo, a la inversa del bovino que invariablemente busca los bajos.

Así sucedía. Cuando subimos a la meseta que precede a la serranía aludida, pudimos ver, dispersos en las faldas, varios manchones oscuros que denunciaban otros tanto “encierros” de animales. Detenidos éstos por la nevada, comienzan a remolinear en el mismo punto, produciendo con su pisoteo una depresión en la capa de nieve que huellan, depresión que será tanto más honda cuanto mayor sea la cantidad de nieve caída. Llega un momento en que las pobres bestias quedan encerradas dentro del pozo que con sus propias patas cavaron. Si no se les saca de allí mueren de hambre y de sed, pero antes se han comido unas a otras la cerda o lana, según de la especie que sean.

Había, pues, que acudir al salvataje de ese ganado. Para hacerlo basta abrir una huellita que muera en el lugar en donde están encerrados los animales. Hecho esto, con sólo animarlos salen por la senda abierta en la nieve y que comunica el “encierro” con el punto de partida de los jinetes.

Sencilla la explicación; pero no así la operación en el terreno, pues para alcanzar hasta donde están las “puntas” de hacienda es ardua empresa. Mas hay que hacerlo so pena de perder ese ganado.

Largo sería describir la penosa maniobra que nos llevó todo el resto del día sacando grupitos de animales de entre la nieve, unas veces montados, cayendo aquí y allí debajo del caballo o junto con él, otras a pie, metidos hasta la cintura en la masa acuosa, mojados, entumecidos por el frío.

Por la misma huella que abrimos a la ida regresábamos a la estancia, próximo a entrarse el sol. Veníamos fatigados, tiritando, pero con el ánimo más templado por el feliz comienzo de la batalla con el terrible enemigo del montañes, éxito que teníamos razones de suponer habrían alcanzado también los puesteros a cuyo cargo estaba el cuidado de la hacienda distribuída en los potreros más distantes. Los hombres con quienes andábamos no habían perdido su buen humor, y a gritos y entre risotadas comentaban las mil incidencias del penoso trabajo. Encabezábamos la fila y ya divisábamos las casas, allá abajo, en el centro del valle, a medio sepultar entre la nieve. Eran nada, un mero puntito obscuro, no obstante la pretensión de ser completas sus instalaciones, ante la inmensa grandeza del paisaje de los Andes nevados. Detuvimos el caballo. La severidad del cuadro era imponente. Todo nuestro mundo serrano vestido de blanco! Las cumbres, más blancas y más rígidas que nunca,

emergían de entre la inmensurable mortaja recortándose nítidas en el azul purísimo del cielo. Algunos volcanes humeaban, y el sendal gris del humo remedaba la cabellera suelta de aquellos gigantes de piedra. Cerros que los sabíamos a diez y más leguas de distancia, se nos habían acercado prodigiosamente en aquel atardecer de una luminosidad desconcertante. Es que por un extraño fenómeno de óptica, la perspectiva se acorta en las montañas nevadas, exponiendo al observador a más de una sorpresa. La cadena andina, el gran macizo central se nos había venido encima, y los sistemas de la pre-cordillera parecía que nos querían aplastar. ¡Qué pequeños nos sentíamos ante aquella grandiosa exhibición de la naturaleza!

Estábamos entregados a estas reflexiones, cuando uno de nuestros hombres nos gritó desde el fondo de la fila:

—Oiga, patrón, la hacienda nos sigue. Sienta la bramera.

Efectivamente. El valido anhelante, hijo del pavor, de vacas y ovejas, cada vez más próximo, llegaba hasta nosotros. Lo oíamos ahora porque la cabeza de la larga columna trasmontaba en ese momento el lomo de la serraña en cuya falda occidental estábamos.

El caso era grave. Venían revueltas, en larguísima fila, una en pos de otra, por sobre nuestra misma huella, vacas, ovejas y yeguas. La detención de la cabeza de la columna en marcha podía provocar el atascamiento y con él un desastre, pues el ganado mayor pisotearía al otro, y el mismo, al apelotonarse, se sofocaría empantanado en el campo de nieve. Nos dimos cuenta del peligro y procedimos, con la premura del caso, a salvar del conflicto.

Hicimos que tres hombres contramarcharan por la izquierda abriendo nueva huella paralela a la ya trazada, huella que debían rematar en el bosque de la quebrada de donde procedía el ganado que avanzaba detrás nuestro. Ordenamos también a esos hombres que taponaran con nieve la boca de la senda que desde la quebrada venía hacia la estancia, para evitar la repetición del éxodo. Otros tres hombres abrían una huella hacia nuestra derecha, en arco de círculo, que debía juntarse a cien metros a vanguardia con la primitiva, con la que abrimos al salir por la mañana de la estancia y por la misma que ahora volvíamos. Con el otro peón nos quedamos en la encrucijada de las tres sendas para desviar el ganado mayor (vacas y yeguas) por la que volvía por la izquierda a la quebrada y hacer desfilar las ovejas por el arco que las llevaría a la huella maestra y por

ella a las casas. Allí había galpones suficientes para alojarlas y abundante forraje. Conseguíamos así apartar, como en una manga, los lanarres de la peligrosa compañía del ganado mayor, y a éste lo obligábamos a volver al refugio seguro del bosque. Concluido el aparte, taponearíamos con nieve la boca de la nueva senda sobre el arroyo, impidiendo que vacas y yeguas salieran de allí, donde podían aguantarse muchos días.

La maniobra se realizó a medida de nuestro deseo, obstruyéndose también la salida de la huella que del bosque habíamos abierto hacia los grandes faldeos del fondo, de donde sacamos los “encierros”.

La noche cayó junto con el término de nuestro trabajo; y convertidos en carámbanos vivientes regresamos a la estancia.

El acomodo de las quinientas y tantas ovejas que trajimos a las casas nos llevó algún tiempo, pues hubimos de establecer comunicaciones de galpón a galpón para distribuir las con holgura y darles de comer. A las nueve de la noche poníamos término a la tarea, buscando en el calor del fogón y en unos amargos la reparación de las fuerzas tras aquel bravo día. Un par de tragos de caña nos entonó a todos.

Nuestros muchachos, rodeando el fuego, hacían planes para el día siguiente. Se recor-

daban tales y cuáles animales que no se vieron en los trozos que movimos, y hacían cálculos, de acuerdo con los habituales “comederos” de los mismos, acerca de los lugares donde podían estar. Esos sitios debían registrarse temprano para tener tiempo de ir en auxilio de los rodeos y majadas más distantes a cargo de puesteros. En el cuadro que habíamos andado sólo invernaban los planteles, siendo toda hacienda pura o muy mestiza.

Dimos órdenes para el día siguiente y nos retiramos a nuestras habitaciones.

Solos con nuestra compañera, pues los hijos estaban en Buenos Aires educándose, pasamos la velada de aquella noche terriblemente fría. Junto a la estufa, relatamos a la patrona las incidencias del día, mostrándonos optimistas para tranquilizar a nuestra compañera, esposa abnegada que ponía en nuestra vida ruda el tierno encanto de su perfecta feminidad. Ella también, y nos era fácil notarlo porque el timbre de la voz denunciaba su emoción, trataba de ocultarnos sus temores fingiendo no darle importancia a la situación. Cuando mucho tiempo después recordábamos aquellos momentos de angustia, nos decía que tampoco nosotros habíamos logrado engañarla con nuestra simulada confianza. Esta piadosa emulación del

cariño se ha repetido tantas veces, como juntos nos vimos sometidos a pruebas severas.

Por más que conversáramos no podíamos librarnos de la sensación de soledad que nos oprimía. Por el oriente, una barrera de nieve de doce leguas de ancho a cuya mitad se levantaba infranqueable el cordón del Chachil; al norte y sur todo el largo de la cordillera nevada en cientos de leguas; al occidente los Andes inmensos bloqueándonos por el lado de Chile. El valle interior donde habitamos estaba aislado del resto del mundo, y éramos nosotros sus únicos moradores. Otras veces hemos sentido la garra de la soledad prendida en el alma, cuando en el desamparo de las montañas nos batiéramos con los elementos en viajes temerarios; pero jamás como entonces, ante la desproporción de nuestros recursos con las fuerzas de la naturaleza que nos asaltaban, experimentamos ni parecida ansiedad.

En medio de nuestra tribulación, pensamos en una lluvia salvadora que licuara en los valles y faldeos la enorme masa de nieve, libertándonos. Pero inmediatamente nos representamos la catástrofe que suponía ese deshielo brusco para los pobladores del valle del Río Negro, a ochenta leguas de nosotros, y donde no sólo luchaban hombres fuertes sino que muchos de ellos eran amigos. Todo el sistema

hidrográfico del Neuquén converje hacia esa única vía de desagüe. Y se nos ocurrió al punto, por un movimiento espontáneo de solidaridad con aquellos recios trabajadores y para poder seguir deseando sin remordimientos esa lluvia providencial, escribirle a un amigo avisándole la inminencia del peligro que corrían. El daría la voz de alarma en la región y todos sabrían a qué atenerse. Era posible que nuestra carta, puesta en camino por chasque en cuanto la cruzada de Zainuco diera paso, llegara a destino antes del aluvión devastador. Y así lo hicimos, dirigiéndonos a don José Buscazzo, antiguo poblador de este territorio radicado a la sazón en Allem.

Al día siguiente, lo primero que hicimos al levantarnos fué ver el termómetro. Marcaba la mínima de 18° C bajo cero. La nieve se había escarchado, y esto nos ponía a las puertas de la ruina. El pasto permanecería cubierto por la nieve y el ganado no tendría para alimentarse más que el ramoneo, y ello, por cierto, tiene su limitación, máxime con aquellas temperaturas polares que habrían de continuar mientras la masa de nieve no se licuara.

Llegamos a la cocina de los peones con el ánimo apenado. Junto con el coro de “buenos días, patrón”, con que fuimos saludados por

nuestros hombres, uno de ellos agregó: “Estamos de suerte, patrón. Se alzó la helada”.

Eso supone lluvia próxima, y como lo llevamos dicho, era lo único que podía evitar la catástrofe.

Todos ensillamos y salimos a continuar el salvataje de la víspera. Trabajamos recio, pero con fortuna. La casi totalidad de los plantales quedó en condiciones de seguir defendiéndose por unos días más.

Rregresamos a la estancia con tiempo para poner en ejecución una idea que se nos había ocurrido para llevar al máximun el empeño de aminorar la probable pérdida. Provistos de palas, nuestros hombres comenzaron a sacar la nieve del corral de palo a pique, abriendo en toda su perifería una calle de cuatro metros de ancho desde el pie del cerco hacia el centro. Trabajo engorroso y cansador que recién a la tarde siguiente le dimos término. Mientras unos desparramaban alfalfa seca en todo el contorno de la empalizada, otros fueron a traer una “punta” como de doscientas vacas, que era lo que calculábamos podría caber en el callejón circular que habíamos abierto. Y así, por turno, iríamos alimentando por lo menos a ese lote selecto de animales.

Las heladas seguían “alzándose”. Al cuarto día sopló viento norte y comenzó a llover. Una

inmensa sensación de alivio nos volvió a nuestro habitual optimismo. Los peones, vinculados a nuestra vida por afanes, peligros y alegrías compartidas en común, no estaban menos contentos que nosotros. El fogón se animó con cuentos al caso, carcajadas y bordoneos. Nos habíamos comunicado ya con los “puestos”, y todo hacía presumir que las pérdidas no serían serias si la lluvia se formalizaba. Todos, llevados por el deseo, afirmábamos que así sucedería. Y quiso nuestra suerte que no nos equivocáramos.

BUENA VISTA

Es sorprendente el alcance visual de estos hombres serranos. A más de legua distinguen el animal que pasta en los faldeos y saben decir con precisión a qué especie pertenece. No confundirán la nota obscura de un arbusto con la de un pedruzco errátil en la lejanía de la perspectiva de valles y faldas, equivocación fácil en quienes no tengan como ellos la vista ejercitada en mirar a grandes distancias y no conozcan la deformación de los relieves en lontananza. De ahí, precisamente, del hábito adquirido desde niños, viéneles esa aptitud.

Las cumbres son el observatorio natural en la región. Trepan habitualmente a ellas para avizorar el campo; registran — esa es la palabra — los vericuetos de la montaña que caen bajo su vista: quebradas, zanjones, valles, hondonadas, cuevas y risqueros; y con solo alzar la mirada, un horizonte de leguas, de cinco, diez, quince o veinte leguas, según sea la altura de la atalaya, se abre a su observación inteligente.

No sólo con esta práctica aprende el serrano a mirar lejos, sino que disciplina de modo efficacísimo la memoria topográfica. Es asombroso el poder retentivo que en este sentido muestra. Al dar señas acerca de una ruta cualquiera, él podrá enumerar los accidentes notables que la marcan en lineamientos generales y los detalles que la precisan haciéndola inconfundible: tal o cuál árbol que tiene alguna particularidad saliente, una peña, un pradito, un derrumbe, un **quilmahue**, datos minuciosos que acusan un perfecto conocimiento del terreno, por el cual no sería raro que hubiera pasado una sola vez. Es que cuando él marcha por entre el dédalo de montañas va observando el recorrido y sus adyecencias, por hábito, casi por instinto.

Y si es admirable aquella su aptitud para mirar a distancia, para divisar en la lejanía de los horizontes amplísimos que desde las cumbres domina, no lo es menos la gudeza de su vista para descubrir aun los detalles diminutos de las cosas. Esta facultad la ha adquirido rastreando. Raro será el montañés que no sepa rastrear. Por cierto que como en todo, hay unos más hábiles que otros; pero es general aquella condición. Conoce todos los caracteres que le permiten individualizar la pisada de cuanta especie tiene la fauna local, desde el hu-

rón al huemul. Puede seguir el vagar indolente de tal o cuál bestia por sierras y valles, el zigzaguo caprichoso de una alimaña en fuga, ir leyendo en el suelo todos los pormenores de la marcha de cualquier ser vivo, ya sea que ambule en busca de su alimentación, huya ante un peligro real, o miginario, o vaya arreado por el hombre. Fija la vista en tierra con una persistencia que parecería histérica al que no estuviera en el secreto de su propósito, avanza el serrano por sobre el rastro del animal que quiere alcanzar, no importa el motivo — simple curiosidad, lo campea porque lo necesita, o se lo lleven robado.

El rastreador, que no es ni un profesional, ni un hombre extraordinario como generalmente se cree, si no que todo peón de campo en estas montañas lo es a su hora, ajusta su técnica a principios generales que no pueden violarse sin exponerse a un fracazo. Encargado de cuidar un rodeo, o una majada en un punto cualquiera de la montaña, al aclarar estará a caballo y saldrá a “cortar rastro”. Esto consiste en contornear, campo afuera, la vista clavada en el suelo, describiendo una circunsferencia en el recorrido, el predio donde pastan los animales fiados a su custodia. Si uno, o varios, cualquiera sea el número de éstos, ha salido de la fracción de campo donde deben estar, él lo

sabrá al punto porque descubrirá las pisadas denunciadoras para su ojo experto. Y “pisado el rastro” puede descontarse que el o los animales que se van, o se los llevan, serán hallados por su pastor. Esa ronda matinal insustituible será más o menos extensa según el número de cabezas confiadas a su cuidado, pues su cantidad está en razón directa con la superficie de campo que ocupan. Esto como regla. Generalmente se trata de leguas, y el hombre no termina su recorrido hasta medio día. Consultando las exigencias del caso, suele repartirse el trabajo en un número determinado de peones; y entonces cada uno toma a su cargo un sector del enorme círculo dentro del cual debe vivir el ganado. Así se substituye, en cierta manera, el alambrado en las extensiones abiertas. Por donde los gauchos se convierten en cercos movibles de una eficacia real y compensadora.

Entre mil casos por nosotros conocidos que pudiéramos citar como comprobación de lo que llevamos dicho, narraremos dos que se produjeron simultáneamente y que como se verá tenemos razones para recordar.

Cierto día regresábamos de una recorrida por el extremo sur del campo. A boca de noche repechábamos la larga e impinada cuesta de Hui-ri-Hui-ri. Venían con nosotros dos peones,

uno de ellos campero eximio, todo un exponente de la raza, que nos sirve desde que llegamos a poblar estas tierras, y el otro un muchachón con algunos años de permanencia en la estancia, nacido en Chile pero criado aquí.

Los caballos jipaban en el gran esfuerzo para trepar por la huella abrupta. Los dejábamos avanzar a voluntad, al tranquito, el dorso encorvado en el liberal empeño. Veníamos conversando sobre los trabajos realizados en esos días y los que se harían en los siguientes, entreteniendo el regreso a las casas, distantes todavía algunas leguas.

Alcanzamos, por fin, la planicie inmediata, y después de acomodar las cinchas habíamosnos puesto al trotecito corto, cuando Segundo — el hombre — detuvo bruscamente su caballo y se desmontó. La noche había cerrado y apenas si la escasa claridad de las estrellas permitía ver el camino. Acortamos la marcha del caballo, preguntándole a Segundo qué le ocurría.

—Nada, patrón. Me hallé un cuchillo, — nos respondió mientras volvía a montar.

Aunque estos hombres nos tienen acostumbrados a sorpresas del género, admiramos aquel prodigio de buena vista, pues el cuchillo encontrado era de pequeñas proporciones, cabo obscuro y vaina descolorida, y como hemos di-

cho, apenas la tenue claridad de las estrellas permitía ver el suelo.

A poca distancia del lugar del hallazgo, Segundo se apartó de nosotros, yéndose a su “puesto”. Seguimos con el muchacho hacia la estancia, poniendo al galope los caballos.

Quisimos aprovechar la oportunidad para dar una lección práctica a Pedro — así se llamaba el mocetón — y comenzamos a decirle: ¿Has visto? Los hombres, cuando andan en el campo, no deben distraerse ni ir mirando el cielo. Fíjate como Segundo, apesar de la obscuridad, encontró ese cuchillo.

Ibamos a continuar la conseja, cuando Pedro nos interrumpió exclamando:

—¡Bah! Hoy me hallé un auja en la huella y aquí l'ando traendo en el sombrero.

Quedamos perplejos, corridos, ante lo estupendo de la respuesta. El que queríamos aleccionar nos resultaba un portento en la materia, pues ver entre el polvo del camino, al paso del caballo, una aguja, acusa tal finura de vista que creemos no puede ser superada.

Aplaudimos la hazaña y la previsión de haber recojido el útil y pequeño adminículo, riendonos en nuestro interior del chasco que el muchacho nos había dado.

PROEZAS GAUCHAS

No relataremos aquí hazañas acrobáticas de profesionales especializados en tal o cuál suerte de equitación, a las que los **cow-boy** de la pantalla tienen habituados al público del cinematógrafo. Aparte de lo unilateral de esa aptitud que sólo busca lo espectacular con fines comerciales, agrégase comunmente el truco fotográfico que da visos de realidad a movimientos violatorios de las leyes físicas.

Estas notas contendrán el relato de proezas realizadas a base de corazón y músculo disciplinados en las faenas rurales — en el corral, en el rodeo y en campo abierto — como simples incidencias del rudo trabajo de los gauchos. La mayor parte de las veces el actor ni siquiera pensó en la posibilidad de su actuación brillante en el lance que se presentó inesperado, accidentalmente. Fué al trabajo como a una función ordinaria, alegre, ágil y decidido como siempre, confiado en sus medios, eso sí, para salir airoso de cualquier sorpresa en la faena. Si aquella se produce encontrará al gaucho dueño de una admirable iniciativa,

con un dominio de la técnica del caso que ni la situación más apurada y peligrosa le hará olvidar. El sabrá recostar su caballo en el momento preciso y dar el golpe en el sitio conveniente para desviar la res en el sentido deseado y con el menor esfuerzo, no obstante el vértigo de la carrera en medio del cual se desarrolla la escena; en el instante de la rodada abrirá y endurecerá las piernas, echando el cuerpo atrás, para salir de pie con el cabresto en la mano; para evitar la ronda del lazo en el estirón inevitable, se agachará a tiempo, con precisión de quintos de segundo; se colocará siempre en el punto único en que no estorbe la libre acción del compañero y quede él en condiciones de intervenir con eficacia; cimbrará el lazo cuando la catástrofe parece inminente en la ciega carrera de las yeguas que un chapetón se las echó encima en el momento que él enlazaba; cuerpeará con elegancia al novillo enfurecido que lo carga de improviso y hasta lo palmeará en el anca, a la pasada, en son de burla y desafío; sabrá, en fin, salir con bien de cuantas situaciones difíciles se le presenten con la vertiginosa rapidez propia del género de trabajos en que pasa su vida.

Es allí donde radican los méritos de la labor del gaucho, de sus recursos para sortear los lances que inesperadamente se producen en la

lidia con bestias fuertes y veloces que en su ímpetu instintivo arremeten ciegas contra todo, ya sea atacando o huyendo. Personalmente hemos visto a estos hombres, no una sino cientos de veces, hacer cosas increíbles, imaginadas y puestas en obra de inmediato para salir de un trance que se presentó de pronto, conjurar peligros mortales con una actitud oportuna, con un movimiento de justeza matemática, sin alarde, como la cosa más natural. Estos hechos no acusan sólo elasticidad y fuerza musculares, buena vista, cálculo e iniciativa, sino una serenidad insuperable. Es posible que ésta les venga de la feliz posesión de aquellos medios, lo que les permite estar seguros y ser eficaces allí donde otros perecerían o serían arrollados. Pero como quiera que sea — condición ingénita de la raza, o aptitud adquirida — es lo cierto que el gaucho posee un dominio absoluto sobre sus nervios. Se agranda en los momentos de prueba, sacando a luz recursos que no se le sospecharían al verle fuera de su escenario. Gusta lucir sus habilidades ante gentes extrañas, con preferencia si son amigas del patrón y capaces de apreciarlas. Entonces se le ve superarse en el lujo de desprecio al peligro, rayando en lo inverosímil sus audacias. Si en el aparte, en la hierra, o en cualesquiera de los trabajos de campo, hay algún

gaucho forastero, es curioso verles a los del pago cómo le “tantean”, cómo “lo echan al medio” con maña disimulada, creándole una situación en la que el hombre pueda mostrar sus aptitudes si las tiene. Si así lo hace, al punto se establece una hermosa emulación que brindará el espectáculo de un justa de fuerza y de destreza que es gloria de la tierra. Si por el contrario, el forastero es chambón, luego desaparecerá entre el montón anónimo de los aprendices, sin merecer ya la atención de los capaces. Pero nadie se burlará de él, y no es difícil que caiga bajo la protección amistosa de alguno de los de la casa.

Habíamos bajado de la sierra donde pasara el verano la yeguada que no formaba parte de las manadas de cría, unas doscientas piezas, más o menos, para ser distribuídas en sus potreros de invierno. Hermosos animales, de alta mestización, unían a la riqueza de su sangre el vigor adquirido en el medio en que se criaban.

Los traíamos dentro de un cerco de jinetes bien montados para evitar su dispersión al salir de la querencia; pero debíamos seguirlos a todo el correr de nuestros caballos en su disparada frenética cuesta abajo. Los relinchos de las bestias, los gritos de los peones animándolas, el rumor del tropel dilatándose por fal-

das y quebradas, la polvareda en medio de la cual avanzábamos como un turbión, daban tal colorido, tal fuerza de expresión al cuadro, que subyugaba. Nos ha ocurrido algunas veces, que impresionados por la belleza del espectáculo, hemos sujetado al caballo en un lugar prominente, y olvidándonos del trabajo que dirigíamos, hemos seguido de lejos, con la vista, el conjunto de yeguas y jinetes que en desenfrenada carrera cruzaba como una visión apocalíptica por la quebrada superficie de estos campos.

Llegados al corral con la yeguada, ésta comenzó a desfilar por la amplia puerta, mientras los jinetes, formados en gran arco a retaguardia, vigilaban. De pronto, una yegua que crillaba nerviosa, al trote, por detrás de la masa, miró el campo y atropelló la línea de hombres, en franca fuga. Manera para entrar al corral, ya había repetido la misma maniobra en otras oportunidades, y por eso habíamos recomendado a dos peones que no la perdieran de vista. De modo que junto con lo que el animal arrancó en veloz carrera, Tomás y Arcadio, entreterriano el uno y correntirno el otro, la atropellaron, apareando sus respectivas cabalgaduras a los flancos de la rebelde. Corrieron así como cien metros, cuando vimos a Tomás asirse a las crines de la yegua en un brusco

ademán y luego saltar sobre ella con la agilidad de un gato, sentándosele con limpieza impecable. Simultáneamente el correntino soslayó su caballo dejando libre y en toda carrera a la yegua, tal cual iba cuando la saltó su compañero. El animal, no bien sintió en el lomo al jinete, se arrastró a corcobear, metida la cabeza entre las manos, hecha un arco. Los gritos de los dos hombres llegaban a nosotros mezclados a los bramidos de la yegua, que enloquecida de furor, pugnaba por desprenderse de su extraña carga. Y así se perdió el hermoso grupo tras la próxima loma mientras la yeguada concluía de entrar al corral.

Uno de los peones que estaba con nosotros galopó hasta donde había quedado el caballo de Tomás, y tomándolo se fué en seguimiento de sus compañeros. Entre tanto, los que quedábamos a la puerta del corral comentábamos la proeza de aquel centauro, alabando la seguridad con que pasó de su caballo a la yegua. Sabíamos que una vez en el lomo era “como abrojo”, y que en el peor de los casos — una rodada, una costalada — saldría de pie. En esto estábamos cuando el grupo de jinetes coronó la loma. Tomás venía aún sobre la yegua chúcará, asido de las crines y haciendo jugar las nazarenas por las paletas del animal vencido. El correntino, apadriándole, recostaba su caba-

llo sobre la yegua sin dejar de atronar los aires con sus alaridos de indio, en alto el rebenque, el sombrero en la nuca, el barbijo sobre la fuerte quijada, al viento la melena de renegrido pelo cerdoso. La yegua galopaba extenuada, gachas las orejas, el cuello estirado, sometida ya a la voluntad del gaucho que la montaba. Hicimos abrir la puerta del corral y por ella penetró aquel grupo digno del bronce.

* * *

Estábamos clasificando una novillada arisca procedente del Chubut, en la que venían algunos baguales sacados de los bosques de la cordillera, novillos viejos y taimados, de larga y aguda cornamenta. Era un trabajo peligroso en el que sólo tomaban parte los mejores hombres montados en sus "créditos", pues aquellas fieras únicamente podían ser lidiadas a base de corazón y gran maestría. "Por nada volcaban el anca y se venían al humo", — como luego se comentó el pasaje de este ganado por la estancia.

Entre los que presenciaban el trabajo desde arriba de los palos del corral o por entre sus claros, estaban los peones de un ingeniero que en esos días había llegado a la región a efectuar la mensura de ciertas tierras comarcanas.

Italianos con poco tiempo de residencia en el país, las faenas camperas de los gauchos les llamaban poderosamente la atención. No perdían oportunidad de asistir como espectadores a nuestros trabajos, y era de ver la cara de sorpresa, los aspavientos que hacían ante la destreza de los criollos. A los palmateos y aclamaciones con que festejaban un buen tiro de lazo, un pial certero, o una suerte cualquiera del trabajo, mezclaban frases e interjecciones dialectales de su país, que sin duda eran de admiración.

De repente, sin saber cómo, se abre la puerta del corral, e inmediatamente un novillo osco, enorme, con cuernos como lanzas, saltó a la playa. Hubo disparada general entre los curiosos de a pie. Trepáronse los más sobre la empalizada, otros se guarecieron trás de un alambrado próximo, y sólo quedó, nuevo Tancredo, un italiano como de veinte años, frente al novillo que había vuelto sobre sus patas y cuadrándose amenazante a pocos metros. El muchacho, con la inconsciencia de la ignorancia, tomó una varilla de madera que encontró a mano, y blandiéndola decíale al novillo: “Vieni avanti, non ti temo!” Todos le gritaban que huyera; pero él, convencido de poder dominar con el palo a la fiera, seguía desafiándola. El novillo dió unos pasos castigándose los flancos con el lar-

go borlón de su cola, señal evidente de la inmediata embestida. Junto con lo que el animal partía en una violenta arrancada, baja la cervís, babeando el belfo, derecho al muchacho, un gaucho llegaba desde el medio del corral en una magnífica atropellada de su flete, y de un golpe formidable atrás de la paleta hacía rodar por tierra a la fiera en el momento mismo en que ésta iba a envasar al italiano. El novillo se levantó al punto y cargó sobre el jinete, quien al no tener tiempo de volver al caballo para esquivar la cornada eminente, lanzó su pingo derecho a la frente de la res. Produjose el choque en medio de la polvareda de tan singular combate, sonando como un chasquido seco el encontrón. El caballo, un media sangre de carrera sobre criollo, golpeó de lleno con el pecho entre las dos astas del novillo, y estimulado por su experto jinete siguió empujando a fin de no perder el contacto con su enemigo, lo que sin duda le hubiera sido fatal. Pero no bien comenzada la lucha ya estaban allí, procedentes del corral, otros dos hombres bien montados. Uno arremetió contra el novillo, y al golpearlo de través en pechada maestra, lo arrancó del pecho del caballo de su compañero como al impulso de una catapulta. El tercer gaucho ya estaba revoleando el lazo, y en cuanto la fiera se incorporó, la armada fué

a cerrarse, certera, sobre las astas de aquella. Quiso el novillo volver por sobre el lazo, pero en ese momento el lazo del primer jinete también fué a caer sobre sus cuernos. Y en mucho menos tiempo que el que hemos empleado para describir la escena, el animal quedó estaqueado entre los dos lazos y reducido a la impotencia. Uno de los enlazadores se corrió hacia atrás, el otro hacia adelante, y así fué vuelto al corral i pialado luego para soltarlo.

Nótese que esos tres hombres, sin recibir órdenes de nadie, sin hablarse entre ellos siquiera, procedieron rápida y eficazmente, ocupando cada uno su puesto en el momento preciso, y accionando todos, a pesar de lo movido e inesperado del suceso, con perfecto acuerdo. La actitud de uno dictaba instantáneamente la del otro, y como piezas de una máquina, los tres concurrieron, sin una falla, al fin propuesto: salvar a un hombre y aprisionar la res. ¿Puede concebirse un dominio más rápido de la situación, una mayor serenidad en medio del peligro?

* * *

Es más común entre estos gauchos serranos el gran pilador que el enlazador de igual categoría. Esto se debe a que desde pequeños —

cinco a seis años de edad — se ejercitan pialando cabras, sin más riesgos que uno que otro revolcón y desholladura de manos. Comenzando este aprendizaje en la infancia, les da en la edad adulta una seguridad asombrosa. Simultáneamente aprenden a enlazar de a pie; pero esta práctica es de poca aplicación en el trabajo de las estancias. Al decir enlazador nos hemos referido no a éste, sino al que enlaza de a caballo, arte el más difícil y peligroso entre todos los de las faenas camperas. Por cada diez excelentes pialadores e igual número de jinetes eximios, se encontrará un enlazador de número. Es que el aprendizaje de éste comienza recién en la pubertad, cuando se es capaz de manejar al caballo con desenvoltura y las fuerzas físicas se han desarrollado. Para ser un buen enlazador se requiere poseer todos los secretos de la equitación gaucha, tener fuerte brazo, vista fina, gran iniciativa, dominio absoluto de los nervios e intrepidez. La agilidad y buena rienda del caballo harán lo demás. Lo difícil no estriba en echar la armada sobre las astas, o el cogote del animal, según sea la especie que se lidie, sino en manejarse sin peligro de sí mismo, para los pialadores y para la bestia enlazada. Poseída de loco furor, ella ha de revolversse en todos sentidos con el poder de su enorme fuerza, tratando de libertarse de

su aprisionamiento. Y es entonces cuando se muestra la habilidad del enlazador, evitando ser enredado, dar un tirón en falso que quiebre al animal o corte el lazo, presentando a los pialadores la oportunidad de hacer su tiro en condiciones y sin riesgo de ser enrondados. No puede vacilar ni un instante ni olvidar el detalle más sutil de su técnica, so pena de un desastre. De modo que a la aptitud manual debe unir condiciones morales que el pialador no necesita en medida tan alta. A éste suele bastarle su destreza y su fuerza para hacer una labor perfecta, cuando no cosas estupendas.

He aquí un caso entre los tantos que podríamos relatar:

Era en los primeros años de nuestra llegada a estas montañas. Estábamos alambrando el campo, y a medida que se trazaban los potreros íbamos sacando la numerosa yeguada ajena que se criaba poco menos que sin dueños en estos campos inmensos. Cierta día logramos traer al corral una manada de yeguas matreras que hasta entonces había sido nuestra pesadilla. Dimos órdenes a los peones que desde la madrugada habían corrido detrás de aquellos demonios, que en cuanto churrasquearan las sacaran campo afuera. Uno de los muchachos, en nombre de todos, nos pidió permiso para pialar un rato antes de soltar los anima-

les. Era un justo desquite al trabajo que aquellos les habían estado dando, y les concedimos la licencia pedida.

Aquello fué una orgía de destreza y valor. Se pialaba a diestra y siniestra, por derecho y de revés, en todo lugar y desde cualquier posición, de volcado, de pallanca y sobre-lomo; se jineteaban yeguas y potros sueltos y en pelo, por un hombre o enancados, entre el estrépito del tropel de las bestias y la algarabía de los gauchos. Toda una fiesta del músculo y de la maestría.

Llegó la hora de soltar la yeguas. Se arrojaron los lazos, se apretaron las cinchas, y algunos hombres fueron tomando colocación en la playa para dirigir la manada hacia el rumbo indicado. En eso estábamos cuando uno de los peones se nos acerca y dícenos que le dejemos pilar al padrillo “puerta afuera”.

Expuesto pero lindo el lance, no quisimos privarnos del espectáculo. Se apartó al padrillo, chúcaro y fuerte, cola a la rastra y tusa entera, bravía la mirada. Dos hombres hicieron puntear las yeguas, dándoles puerta. Al verlas alejarse, el padrillo se revolvía furioso

en el trascorral donde lo retuviéramos. El gaucho había tomado colocación en la playa, a la derecha y como a cinco metros de la puerta del corral, y armado el lazo con todos los rollos. Ese es el tiro de los maestros.

Viéndole listo dimos orden que largaran al bagual.

—Se viene el taita! — gritó alguno.

Cruzó el corral como una exhalación, magnífico en el desborde de su fiereza y de su celo, estremecido por relinchos ansiosos, las crines cimbreantes. Y ganó la puerta con el ímpetu de una tromba.

El lazo zumbó en el aire volcándose la armada con precisión matemática delante de las manos del bagual en fuga. El gaucho “echo a verija”, contraído todo su cuerpo en la máxima tensión de sus músculos. El tirón fué como para descoyuntar a un toro. El padrillo dió una vuelta por sobre la cabeza y castigó el suelo “con todo el ancho el lomo”. Entre tanto, dos surcos marcaban en la tierra el terreno que cedió el gaucho en el estirón sin aflojar una sola de sus articulaciones, sin haber perdido ni un centímetro de lazo entre sus manos de acero.

¡Hermoso tiro, limpio, impecable, de una belleza evocadora de los bizarros desplantes de la raza que aparecen en todas las manifestaciones de la vida argentina!

ENTRE DOS DEBERES

Por anticipado justificamos las dudas del lector acerca de la veracidad de lo que vamos a relatar. ¡Es ello tan extraordinario!

Sin embargo, no haremos sino vertir en estas páginas la relación exacta que del suceso nos hiciera, ahora años, el respetable anciano, padre de la protagonista, y al que pedimos disculpa, en atención al móvil que nos inspira, por violar la confidencia que le arrancara el doloroso recuerdo. Es de tal fuerza dramática el hecho, muestra de manera tan viva el alma enérgica de la raza, que si no lo divulgáramos temeríamos quedarnos con un secreto cuyo conocimiento interesa a todos los que escrutan los misterios del sentimiento humano. Los escrúpulos que nos obligarían a callar quedan a salvo por la circunstancia de ser muy pocas las personas que saben quiénes fueron los actores de este drama que parece arrancado de las leyendas de Esparta. Explicable reserva se guardó al desarrollarse, y ésta, como los veinte años transcurridos desde entonces, han

echado sobre el suceso un velo piadoso. La severidad de costumbres del hogar donde aquel se produjo, abonada de manera tan rotunda por el hecho mismo, obliga al silencio de los nombres. Baste con que digamos que nuestro relato es veraz y que a ello nos determina el propósito de este libro. Lo alto del intento nos escuda.

Vivía a las márgenes de uno de los arroyos que bajan de la cordillera a la llanura un matrimonio chileno de remota ascendencia hispana. Como la mayoría de los de su clase, en estas regiones, contaba con numerosa prole argentina, y en este caso particular el mayor número de los hijos eran mujeres. Lindas muchachas, tenían bien marcados los rasgos fisonómicos del padre, uno de los más bellos tipos de varón que hallamos visto. Le conocimos ya anciano, de setenta años largos, pero conservaba aun la agilidad y vigor físicos de un mozo. De noble continente, toda su persona trasuntaba varonil energía y un aire de distinción que tal vez le viniera de algún antepasado hidalgo. Un capital en ganados de cierta cuantía permitíale atender con relativa holgura al sostenimiento de su familia, educada dentro de los principios austeros, tal vez un tanto tiránicos, de la moral del viejo hogar colonial. Los lazos filiales estaban atados por ese respeto profun-

fo del hijo hacia los padres que caracterizó a la familia de aquella época y que aun se conserva en algunas regiones del interior.

Era fama en el pago donde el anciano vivía su cuidado celoso por la reputación de sus hijas, fuertes doncellas que se criaban en el recato de aquel hogar humilde cuán respetado.

Mas quiso el destino que un galán audaz, trás hábil y porfiado asedio, repetición de los que realizara en su remoto país de origen bajo el prestigio de su bizarría y del brillo de su uniforme, sedujera a una de las niñas. Ese amor furtivo, tal vez alimentado en la joven por la misma opresión en que pasaba sus días, por la excesiva vitalidad de su organismo, o por un romanticismo atávico, y estimulado en el hombre por los riesgos de la aventura y el pregusto de los tesoros de aquella magnífica hembra cerril, se deslizó en el misterio, teniendo por tálamo rincones escondidos de la agreste campiña. Nadie en la casa ni siquiera lo sospechó. La niña, a cuyo cargo estaba el lavado de la ropa de la familia, tarea que desempeñaba en el arroyo próximo, seguía inalterable en sus hábitos y obligaciones. Cierta demacración que en algún momento le fué notada se atribuyó a causas comunes y por lo mismo sin importancia.

Pero andando el tiempo, una visible declinación de la salud de la joven llamó la atención de sus padres, quienes, alarmados, la interpe-laron. Ella se ingenió para tranquilizarles, achacando a cualquier dolencia pasajera su quebranto físico. Sin embargo, pasábase las noches en vela; se le podía oír ahogar ansias y suspiros, revolverse en el lecho, sentarse sobresaltada, manifestaciones, en fin, de una intranquilidad que ya no podía pasar sin una explicación de la cuitada. Pero todo fué en vano. Siempre respondía lo mismo: no tenía nada, pronto se compondría, etc.

Puesta ya la atención vigilante de todos sobre la niña, recién observaron que madrugaba más que antes para ir a su tarea, regresando, en cambio, más tarde de lo acostumbrado. Y la huella de un dolor, de un hondo dolor mace-rante, quién sabe si físico o moral, se iba haciendo cada vez más visible en la muchacha.

El padre resolvió saber la verdad, y un día madrugó y salió al campo. Escondió su caballo en unos riscos y ocultándose él entre los peñas-cos de la alta ribera del arroyo se situó en un punto desde el que podía ver sin ser visto, dominando el lugar donde su hija diariamente lavaba.

Fué así que en cuanto aclaró vióla llegar presurosa, casi corriendo, al pie de una roca,

y desaparecer tras ella. Se mantuvo en acecho toda la mañana, en cuyo tiempo la joven hizo varios viajes del arroyo a la peña, notando el padre que antes de dirigirse hacia ese sitio escrutaba los alrededores, como temerosa de ser vista.

Llegada la hora del almuerzo, la joven, luego de una corta visita a la roca, se fué a la casa, distante de allí como doscientos metros. Entonces al padre descendió de su observatorio y fué a ver qué misterio encerraba ese peñasco al que con tanta frecuencia e iguales precauciones acudía su hija.

La roca presentaba una ancha grieta, cuya entrada aparecía prolijamente cerrada por una gran laja que trancaban gruesos pedruscos sueltos. Fácil le fué al anciano retirar éstos y luego la improvisada puerta. En el fondo de la oquedad, sobre unos cueros de oveja bien lavados, envuelto en blanco lienzo, un niño como de un mes dormía con el sueño de los ángeles.

Al llegar a este punto de su relato el anciano sollozaba, conmovido por tremenda emoción. Sin duda al evocar el cuadro que azorado contemplara, reproducíanse en su espíritu las mismas sensaciones que entonces le sacudieran. También nosotros, tocados a fondo, guardamos silencio, apretada la garganta por las

garras de la emoción, que no por inmateriales dejan de sentirse cual si fueran de acero.

—¿Y que hizo, viejito? — acertamos a preguntarle, tartamudeando, al angustiado anciano, pasada la confusión del primer momento.

—¡Qué había de hacer, señor — nos contestó inclinando la cabeza como al peso del amargo recuerdo. — Agarré al niño y me fuí a las casas con él a entregárselo a la madre...

¿Imagina el lector el drama terrible que debió desarrollarse en el alma de aquella mujer desde el momento en que sintió agitarse en sus entrañas al nuevo sér, hasta la hora en que la noble tolerancia paterna puso en sus brazos al hijo de su amor? ¿Podrán medirse las tribulaciones de esa madre en las horas de la noche, sabiendo que su hijito yacía abandonado en los riscos, expuesto a que los zorros y perros hambrientos lo devorasen, mientras ella, contenida por la vergüenza y el respeto a sus padres permanecía en la casa imposibilitada de acudir a salvarle? Cuando presa del sobresalto se incorporaba en el lecho causando la alarma de toda la familia, debía atormentarla la visión de su hijito llorando de hambre, de frío, o de dolor al ser mordido por alguna alimaña. ¿Habrá

tortura mayor para una madre, que la que esa infeliz soportó, maniatada por el otro deber?

Es admirable cómo esa mujer rústica concilió, siquiera transitoriamente, esas dos situaciones contrapuestas; cómo disimuló su gravedad, luego el trance del parto y durante un mes la existencia de esa criatura que venía a ensombrece su vida marcándola con el sello infamante de la deshonra. Con una voluntad heroica, con una abnegación que la redime de su falta, afrontó la situación sin salida que se había creado, sola, abandonada por el seductor en la hora suprema de la prueba.

Si su actitud de hija temerosa de un padre severo eleva su figura moral haciéndola aparecer como una heroína de leyenda, su gesto de madre da al episodio una belleza insuperable. Ella pudo, acorralada por su situación irreducible, arrojar a la corriente de las aguas aquel fruto de un amor culpable no sospechado por nadie, y quedar libre y eficazmente aleccionada para no reincidir. Pero, valiente, prefiere cuadrarse frente al terrible conflicto. Esconde su hijo, como la leona de sus montañas, en la grieta de una roca; en horas angustiosas, bajo el peligro de ser descubierta, lo amamanta solícita; regresa al hogar y asiste a la vida de la familia sin alteración de sus hábitos. Queda-

ban, eso sí, para las horas mortales de la noche, las zozobras que la irían devorando sin arrancarle la confesión de su dolor, el secreto de su deshonra. ¿Qué importaban sus tormentos si su hijo vivía y sus padres no tenían por qué enrojecer de vergüenza?

OBRAS DEL AUTOR

A través de la Pampa.

Bajo la Tiranía.

Neuquén.

El lazo en nuestras faenas camperas y
en la guerra gaucha.

Desde el rodeo.

Episodios del sitio de Montevideo.



TUDURI, Impresor
Venezuela 645-647
:: Buenos Aires ::